

Deudas  
de la  
Fonduca.

Munoz



EL TEATRO.  
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

---

DEUDAS  
DE LA HONRA,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

**DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE.**

---

CUARTA EDICION.

---

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

*(Sucesor de Hijos de A. Gullon.)*

PEZ, 40.—OFICINAS. POZAS,—2—2.º

1884.

# AUMENTO A LA ADICION DE 11 DE JUNIO DE 1883.

## COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Á cual mas loco.....	1	D. Luis de Lara y Ossorio...	Todo.
Anuncio de venta.....	1	Sres. J. Cuesta y Gay.....	»
Cambiar de génio.....	1	D. Luis Suarez.....	»
Cambio de habitacion.....	1	G. Perrin.....	»
Cortarse la coleta.....	1	E. Segovia.....	»
Contrastes matrimoniales.....	1	Federico Olona.....	»
Deuda de sangre.....	1	J. Velazquez y Sanchez..	»
En el portal de mi casa.....	1	Juan Maestre.....	»
El cap d'Holofernes.....	1	Antonio Roig.....	»
En la plaza de Bons ó un hora de cuarentena.....	1	Antonio Roig.....	»
Els bans de les barraquetes.....	1	Antonio Roig.....	»
El beneficio de las víctimas.....	1	N. N.....	»
Escuela antigua.....	1	Alfredo Lasala.....	»
La carrera de la Dona.....	1	Juan B. Busquete.....	»
La catástrofe de Casamicciola....	1	Jaime Piquet.....	»
La desconocida de san Jorge.....	1	Vicente Cobos.....	»
Las dos iniciales.....	1	N. N.....	»
Matrimonios modelo.....	1	R. Caruncho.....	»
Mi sócio y yo.....	1	N. N.....	»
Oros son triunfos.....	1	N. N.....	»
Recuerdos de gloria.....	1	R. Caruncho.....	»
Tres abelles de colmena.....	1	Antonio Roig.....	»
Una tiple averiada.....	1	Federico Olona.....	»
Un barber de Carreró.....	1	Antonio Roig.....	»
Un chuche munisipal.....	1	Antonio Roig.....	»
Un recalitrante.....	1	Juan Marina.....	»
Venga de ahí.....	1	Juan Maestre.....	»
El asistente Quiñones.....	2	E. Zumel.....	»
Eleccion de ayuntamiento.....	2	Juan Utrilla.....	»
De carne y hueso.....	3	Vicente Colorado.....	»
El otro.....	3	Miguel Echegaray.....	»
La Charra.....	3	Ceferino Palencia.....	»
¿Perez ó Lopez?.....	3	Miguel Echegaray.....	»

## ZARZUELAS.

¡Á la Pradera! ¡Á la Pradera!.....	1	Sres. Maestre y Arnedo.....	L. y M.
Arte de Birlibirloque.....	1	Caballero y Reig.....	L. y M.
Cantar victoria.....	1	Maestre.....	L.
Curriya.....	1	M. Fernandez Caballero.....	M.
Dos siglos en una hora, <i>revista</i> ....	1	Maestre y Arnedo.....	L. y M.
Dos tunantes.....	1	N. N.....	L.
El número fatal.....	1	N. y Mangiagalli.....	L. y M.

**DEUDAS DE LA HONRA.**



# DEUDAS DE LA HONRA,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

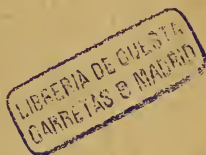
DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE,

Representado por primera vez en el Teatro de Lope de Vega el día 17 de  
Enero de 1863.

---

CUARTA EDICION.

---



MADRID.—1884.

IMPRESA DE COSME RODRIGUEZ,

SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.

Calvario, n.º 18.

## PERSONAJES.

## ACTORES.

ANA.....	DOÑA TEODORA LAMADRID.
PETRA.....	DOÑA AMALIA LOSADA.
DON ANDRÉS.....	DON JOAQUIN ARJONA.
JUAN.....	DON MANUEL OSSORIO.
FELIPE.....	DON JOSÉ ORTIZ.

---

La escena es contemporánea. El primer acto pasa en Pozuelo de Aravaca, primera estacion del ferrocarril del Norte: el segundo y tercero en Madrid y en casa de D. Andrés.

---

Esta obra es propiedad de Doña María Loreto Gullon de Fiscowich, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La propietaria se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



AL DISTINGUIDO ACTOR

DON MANUEL OSSORIO.

Escogiste mi primera obra dramática de alguna importancia para tu reaparicion en la escena madrileña, y puede decirse, por lo tanto, que nos hemos estrenado el mismo dia, y que juntos hemos sufrido las emociones del juicio público, afortunadamente favorable para ambos en esta ocasion.

Á tí, pues, te dedico este drama, como recuerdo de las inquietudes que hemos pasado unidos.

Ántes de concluir permítame que rinda un merecido tributo de agradecimiento á los actores que le habeis representado. Á todos vosotros debo la mayor parte de mi triunfo, y sería injusto si así no lo consignase, debiendo hacer especial mencion del eminente actor D. Joaquin Arjona, cuya acertada direccion y maestría han dado á mi pobre obra más valor del que realmente tiene.

Tu buen amigo,

*El Autor.*

Velador

Perwider - Telegrafica

Libro

Caja de Partidas

Papel y sobras

Canta p. Andres

---

## ACTO PRIMERO.

---

Habitacion de pueblo amueblada modestamente, pero con gusto. Dos puertas laterales y una en el fondo. Á la derecha un velador con tapete.

### ESCENA PRIMERA.

ANA, junto al velador, llorando. PETRA consolándola.

PETRA. Está bien... ¡siempre llorando!  
siempre silenciosa y triste!  
no llegará usted á vieja  
si de esa manera sigue.  
¡Ay, señorita! Es preciso  
que esas penas se disipen.  
¡Vamos! Tenga usted más alma,  
más valor...

ANA. Ya no es posible.  
Pasaron aquellos días,  
cuánto rápidos, felices,  
de doradas ilusiones  
y de sueños juveniles:  
sufrir y llorar me toca  
nada más... Dios no permite  
que en el corazon culpable  
la felicidad anide.  
Es mi propio pensamiento  
quien me atormenta y persigue;

es mi falta... ¡Ay, Petra mía!  
nunca tu deber olvides,  
¡nunca!... lo que pasa el alma  
es espantoso, es horrible.

PETRA. ¡Calle usted! Cuando procuro  
que se divierta y anime,  
me dice usted unas cosas...  
que... ¡Vava!... si es tan difícil  
no llorar...

ANA. ¡Ya ves! No viene...  
me abandona sin oirme.  
Y hace bien: lo he merecido.  
¡Es justo que me resigne!

PETRA. ¡Eso no! Pues no faltaba  
más!... No tiene don Felipe  
tan mal corazón, ni es hombre  
de pensamientos tan ruines.

ANA. ¡Un mes sin venir!...

PETRA. ¿Quién sabe,  
señora, si se lo impiden  
sus negocios?...

ANA. ¿Y tampoco  
puede el ingrato escribirme?  
¡No vendrá!...

PETRA. ¡Fuera un malvado!

ANA. ¡No vendrá!... Si me lo dice  
el alma.—Si me desprecia;  
si no puede ser que inspire  
otro sentimiento en él  
y en cuantos sepan mi crimen,  
si soy una miserable!...

PETRA. ¡Tan hondo pesar aflige!

ANA. Manchar las canas de un padre,  
todo amor, amor sublime  
para su hija, que en ella  
confía y en ella vive.  
Y en vez de ser el apoyo  
de su vejez apacible,  
ser el puñal que le hiera,  
la vergüenza que le abisme...  
Esto es infame... ¡Es infame!

PETRA. No digo...

- ANA. Nada repliques.  
Y no es el amor disculpa  
para tan graves deslices.  
Si la pasion se apodera  
de un corazon noble y firme.  
si la suerte le es contraria,  
si culto á su fama rinde,  
en silencio se consume  
y muere... ¡pero resiste!
- PETRA. ¡Usted se juzga con mucha  
severidad...
- ANA. ¡No concibes  
mi dolor y mi sonrojo?  
Cuando ese anciano me oprime  
en sus cariñosos brazos;  
cada vez que se dirige  
á mí, temo que conozca  
su desgracia...
- PETRA. ¡Dios nos libre!  
Si supiera...
- ANA. Ya es preciso  
que lo sepa... y me castigue.
- PETRA. ¡Señorita! (Asustada.)
- ANA. Si el ingrato, (Con resolucion.)  
de mis desdichas origen,  
despues de mi última carta  
no se presenta ni escribe,  
y faltando á sus promesas  
de sus deberes prescinde,  
yo cumpliré con el mio  
siquiera una vez... Lo exige  
mi honor...
- PETRA. Sí, y el pobre viejo  
se moriría...
- ANA. ¡Él morirse!  
¡Es verdad! Mira si hay causa  
para que yo me horrorice.  
Bien; me encerraré en un claustro;  
vestiré el sayal humilde;  
yo que cometí la falta  
sufiré sola... ¡Imposible!  
¡Y ese ángel abandonadol...

- PETRA. Ya ve usted que don Felipe le quiere con toda el alma, y que ese amor no se finge!
- ANA. ¡Oh! ¿Quién sabe? Si se niega...  
(Con amargura.)  
¡será su suerte terrible!
- PETRA. Verdad es que el inocente...  
¡y tan hermoso!...
- ANA. (Con ansiedad.) ¿Le viste esta mañana?
- PETRA. ¡Pues claro!  
Aunque diluvie y granice no dejo de verle... ¡vaya!  
Y el pequeñuelo se rie que es un contento!...
- ANA. Más tarde le veré...  
(Observando un ligero movimiento de disgusto en Petra.)  
Si lo permites.
- PETRA. Yo... ¡la verdad! Me incomoda que vaya usted...
- ANA. No me prives de este placer; por él sólo este año á Pozuelo vine. Por el gozo de mirarle, por el encanto de oírle. tú sabes cuántos esfuerzos, cuántos sacrificios hice. Sólo cediendo á mis ruegos pudo papá decidirse á pasar aquí el verano!...
- PETRA. ¡Quiera Dios que no averigüe!...
- ANA. ¿Tanto temes?
- PETRA. Sí, señora.  
El amo no es ningun lince. Cierto. Pero usted tampoco, como es justo, se reprime. Aquí tiene usted amigos; don Juan, que há un año reside en el pueblo... En fin, no sé, mas como el adagio dice,

quiera Dios que de la manta  
el diablo... ó usted no tiren!

ANA. ¿Yo?

PETRA. Sí, señora: es prudente  
que sus afectos domine,  
que tenga usted disimulo!...

ANA. Bien; yo haré cuanto me indiqués;  
pero le veré, ¿no es cierto?

PETRA. (Mirando hácia la puerta del fondo.)  
¡Chist!... Don Juan... Que no malicie...

## ESCENA II.

DICHAS, D. JUAN.

JUAN. Ana, perdóneme usted  
si vengo á verla temprano.  
Mil veces seré molesto!...

ANA. Señor don Juan, al contrario.  
Papá le quiere á usted mucho,  
y fuera usted un ingrato  
si no honrase nuestra casa.

JUAN. Yo soy, señora, el honrado.  
¡Ofrece un pueblo tan pocas  
distracciones!...

ANA. Pues yo paso  
muy bien la vida...

JUAN. Es que usted  
todo lo alegra...

ANA. No tanto.

JUAN. Si llevara usted aquí,  
como yo, cerca de un año,  
¡un año! sin más amigos  
que el cura y el boticario,  
muy buenos sujetos, pero  
siempre los mismos, acaso  
hablase usted de otro modo.

ANA. Pues yo gozo con el trato  
de estas gentes...

JUAN. Eso puede  
durar tres meses ó cuatro.  
Después es insoportable...

7  
Toro



Yo soy voto...

ANA.

¡Vamos, vamos!

¡Ya veo que son ustedes  
más que nosotras, esclavos  
de la vida cortesana.

¡Si viera usted qué trabajo  
me costó hacer que viniera  
papá!... ¡rarezas! Distanto  
este pueblo de la córte,  
como sabe usted, dos pasos,  
y habiendo ferrocarril.

JUAN.

Eso es verdad; pero aplaudo  
su oposicion...

ANA.

(Con ironía.) ¡Muchas gracias!

JUAN.

Aunque me hubiera privado  
del gusto de ver á ustedes.

ANA.

¡Ya es tarde!—Pero es extraño  
que siendo tan poco amigo  
de este apacible descanso,  
pase usted meses y meses  
en un pueblo vejetando.

JUAN.

Eso se explica sin grande  
dificultad...

ANA.

Pues no alcanzo...

JUAN.

Yo soy algo perezoso,  
soy modesto y digo que *algo*  
nada más.—Y entre el bullicio,  
las tertulias, los teatros  
de la córte, las visitas  
de fulano y de mengano,  
las citas con el amigo,  
el paseo, los encargos...  
En fin, entre aquel mareo  
incesante y siempre vario,  
se me va el tiempo lo mismo  
que se va el agua de un vaso  
roto.—Yo soy pobre y vengo  
á desquitar trabajando,  
todo el tiempo que en mis ócios  
y en mis placeres malgasto.  
Á usted le diré un secreto  
que con mucho empeño guardo...



ANA. ¡Gracias!

JUAN. Ni papá lo sabe...  
aunque ya me ha preguntado  
varias veces...

ANA. Pues entónces...

JUAN. Con usted quiero ser franco.  
Escribo un drama...

ANA. Y por cierto  
que será tan cortesano  
como usted...

JUAN. ¡Siempre ingeniosa!

ANA. ¿Y se titula?...

JUAN. *Un mal paso.*

ANA. (Alarmada, á Petra.)  
(¡Dios mio! habrá conocido...

PETRA. No tema usted...) (Á Ana.)

JUAN. Hoy acabo  
el acto segundo...

ANA. (Respirando.) (¡Ay, Petra!  
qué cobarde es el pecado!)

JUAN. En cuanto escriba el tercero,  
hago mi maleta y parto  
á la córte...

ANA. No lo dudo.  
Habrá quien esté esperando  
con impaciencia...

JUAN. ¡Y con mucha!  
¡Mi pobre madre, á quien amo  
como al ángel de mi guarda!

ANA. ¿Nadie más?

JUAN. Nadie.

ANA. Si es raro...

JUAN. ¿Y quién mejor? Es tan buena...  
El amor que la consagro  
es el conjunto de todos  
mis sentimientos más caros...

No he conocido á mi padre,  
no tengo parientes... ¿Hago  
mal en querer como quiero  
á quien fué sólo mi amparo?

ANA. ¡Ah! ¡Dichoso usted que puede  
estrecharla entre sus brazos! (Conmovida.)

JUAN. Há tiempo está delicada,  
y me temo algun fracaso  
el mejor dia... Padece  
del corazon...

ANA. (Con afliccion.) Pues cuidado...

JUAN. ¿Llora usted?...

ANA. Sí, por la mia...  
¡Una madre vale tanto!...  
¡Qué de pesares evita,  
qué de lágrimas y engaños!

### ESCENA III.

DICHOS, D. ANDRÉS.

ANDRES. ¿Tanto bueno en casa?

JUAN. (Saliendo á su encuentro.) ¡Amigo  
don Andrés!...

ANDRES. (Con afecto) ¡Venga esa mano!  
(Tiembra... y ella está llorosa... (Con recelo.)  
¿Se querrán esos muchachos?  
Tanto empeño en venir...) ¡Vaya!  
¿y qué estaba usted contando  
á mi Anita?... (Es sospechoso  
silencio tan obstinado.)

JUAN. Hablábamos del cariño  
maternal...

ANDRES. ¡Eso es muy santo,  
muy buenol... (Será prudente  
que los observe despacio.)  
¡Ah! tengo que dar á ustedes  
una noticia.

ANA. Sepamos. (Levantándose.)  
¿Qué sucede?

ANDRES. Esta mañana  
en la plaza he tropezado  
con un conocido antiguo.  
¿Á ver si aciertas...

ANA. No caigo...

ANDRES. Con Felipe.

ANA. (Con gozo mal reprimido.)  
(Y le culpaba!)

PETRA. ¿Lo ve usted? (Á Ana.)  
ANA. (Á Petra.) ¡Estoy temblando!  
ANDRES. Aunque va de caza al monte,  
ánten vendrá á visitarnos.  
Háme dado su palabra.  
No tardará?...

JUAN. Pues me aguardo.  
Ántes venía con mucha  
frecuencia...

ANDRES. Se habrá cansado  
de cazar!...

JUAN. Quizá en la córte  
(Con ironía, en voz baja.)  
tenga caza más á mano!...

ANDRES. Murmurador!

ANA. (Á Petra.) ¡Yo no puedo  
más!...

ANDRES. Es un chico muy guapo;  
le conocí niño en Búrgós,  
donde fuimos magistrados.  
su padre y yo!... Ah! qué memoria  
la mia. Me ha preguntado  
por usted con mucho ahinco.  
Le quiere á usted bien!...

JUAN. Yo pago  
tanta amistad...

ANDRES. Con efecto  
más que de amigo, de hermano,  
quiso conocer la vida  
que trae usted en el campo;  
si nos acompaña mucho,  
si se distrae!...

ANA. (Á Petra, alterada.) Petra, vamos,  
no sorprendan mi alegría.

ANDRES. ¿Adónde vas?

ANA. Pronto salgo.

## ESCENA IV.

D. ANDRÉS, D. JUAN.

JUAN. ¿Qué tal, señor don Andrés?  
No es agradable la vida  
del pueblo?

ANDRES. Sí, es divertida;  
pero no tiene interés  
para mí... ¡Yo me fastidio!  
¡Quién demonios lo desea?  
Será la paz de la aldea  
muy buena, mas no la envidio.

JUAN. ¿La paz de aquí? ¡Vaya al diablo!  
Se la doy á usted de balde.  
Sobre si ha de ser alcalde  
Juan ó Pedro, ó Luis ó Pablo;  
sobre si el hijo de Anton  
hace guiños á Colasa,  
el año entero se pasa  
en plena revolucion.  
Todos temen, todos dudan;  
no hay nadie que los entienda:  
un día van de merienda  
y al otro no se saludan.  
No hay hermano para hermano,  
no hay amigo para amigo!  
por un puñado de trigo  
dan que hacer al escribano.  
Hay sentimientos más buenos  
en la córte; allí quizás  
los hombres se quieren más  
porque se conocen menos.

ANDRES. Pero usted se encuentra bien...

JUAN. ¿Qué quiere usted? Ya soy ducho  
no intrigo, miro y escucho,  
y á todo contesto *amen*.  
Nada hay aquí que me importe!...

ANDRES. Á la verdad, es extraño  
que se pase usted un año  
alejado de la córte.

¿Hay por medio un amor  
misterioso y escondido?  
¡Claro! todos hemos sido  
calaveras...

JUAN. Sí, señor. (Con ingénuu ironía.)

ANDRES. ¡Hola! ¿Con que dí en el quid?  
Lo sospeché... (Tal vez Ana!...)

JUAN. La verdad; amo.

ANDRES. (Mañana  
vuelvo con ella á Madrid.  
¿No será un vano capricho?)

JUAN. Es una pasion sincera  
y casta...

ANDRES. De esa manera...

(Como libre de un peso.)  
(¡Pero si nada me ha dicho!)

JUAN. Un amor digno de mí,  
libre de impureza y dolo...

ANDRES. Hay seres á quienes sólo (Con dignidad.)  
se puede querer así. (Reprimiéndose.)  
Ya el lance peca en historia.  
No es raro que me interese.  
¡Vamos! ¿y qué amor es ese?...

JUAN. Es... el amor á la gloria.  
Do quiera la busco... (Con franca alegría.)

ANDRES. (Recelosamente.) ¡Ya!

JUAN. Pero engaña mi deseo.  
Cuando más cerca la veo,  
de mí más lejos está.

ANDRES. Se queja usted de la dama  
sin razon... (Dominándose.)

JUAN. Soy justo...

ANDRES. Llena

está la española escena  
de su nombre y de su fama.  
Tiene usted reputacion,  
la gloria le corresponde...  
¿Y sólo ese amor esconde  
dentro de su corazon?  
Me parece extraordinario...

JUAN. Si otro amor vivir me hiciera  
en un pueblo, ese amor fuera

- un amor... *penitenciario*.
- ANDRES. (Mucho ll<sup>o</sup>vo en que pensar...)  
Tal vez peço de indiscreto.  
Guárdese usted su secreto  
y pelillos á la mar.
- JUAN. ¿Secretos? No los tendría  
para usted.
- ANDRES. (Variando de conversacion.)  
¿Y qué se miente  
por la villa?
- JUAN. Francamente,  
no lo sé.
- ANDRES. ¿Quién lo diría? (En tono de duda.)
- JUAN. No tengo ningun afan  
por saberlo, y si consigo  
que no se metan conmigo...

7  
Jioyo

## ESCENA V.

DICHOS, FELIPE con traje de caza.

- FELIPE. Señores... (Entrando.)
- JUAN. ¡Felipe! (Corriendo hácia él.)
- FELIPE. ¡Juan! (Abrazándole.)
- JUAN. Me alegro de verte...
- FELIPE. (Con duda.) ¿Sí?
- JUAN. ¡Cómo te vendes tan caro!...
- FELIPE. (Cuantas veces vengo... Es raro  
que siempre le encuentro aquí!)
- JUAN. Hace lo ménos un mes  
que no te veo...
- FELIPE. ¿Qué quieres?  
Cuando uno tiene deberes  
que cumplir...
- JUAN. (Embromándole.) ¡Sí, verdad es!
- FELIPE. Falta el tiempo...
- JUAN. (En el mismo tono.) Lo imagino.  
Sé que estarás ocupado  
en ir por la tarde al Prado  
y por la noche al Casino.  
Si no te da alguna cita



Antonia, Ricarda ó Pepa...

FELIPE. (¿Tendrá empeño que se sepa  
(Con prevencion.)  
mi mala cabeza?... ) ¡Quita!

ANDRES. No le juzgo tan escaso  
de juicio!...

FELIPE. Son bromas. ¿Y Ana?

ANDRES. Adentro está con su hermana  
de leche!...

FELIPE. ¿Con Petra acaso?  
Y quizás en sus labores!...

ANDRES. Saldrá pronto.

FELIPE. Esperaremos.

JUAN. Pero luégo almorzaremos  
juntos, ¿eh?

FELIPE. Con mil amores!  
Si bien la caza!... (Dudando.)

JUAN. Eso dices?

Ten calma: despues irás.  
Que vivan media hora más  
por mi cuenta las perdices.

FELIPE. Bien. (Veré si me equivoco;  
porque al cabo Ana es hermosa,  
él atrevido... La cosa  
vá disgustándome un poco.)

ANDRES. Si ustedes quieren honrar  
mi mesa!....

FELIPE. Fuera un ultraje  
á la niña. En este traje!...

ANDRES. No importa.

FELIPE. ¿No ha de importar?

ANDRES. ¡Paciencia! será otra vez...  
Pon Juan se me ha anticipado...

JUAN. (Interrumpiéndole.)  
Perdone usted: le he pescado  
y me pertenece el pez.  
No le suelto!...

ANDRES. Ni yo insisto.

JUAN. Quedarte un momento puedes. (Á Felipe.)  
Pues mientras charlan ustedes  
voy á ver si tienen listo  
el almuerzo... Aquí no pasa

como en Madrid.

FELIPE. No repares...

JUAN. Será almuerzo de escolares.

FELIPE. ¿Qué más dá?

JUAN. Te espero en casa.

Ya sabes: á la salida  
de... Mas no será preciso.

Si usted me da su permiso... (Á D. Andrés.)

Volveré por tí en seguida.

## ESCENA VI.

D. ANDRÉS, FELIPE.

FELIPE. (¡Vaya! pretende quitarme  
la... ¡Pero yo no soy bobo!)

ANDRES. Estará usted muchos dias  
por aquí?

FELIPE. Fuera dichoso  
si pudiera; mas me llaman  
á la córte mis negocios!...

ANDRES. ¡Ya! los que don Juan ha dicho.  
El amor, las fiestas...

FELIPE. (Con fingida sorpresa.) ¡Cómo!  
Y usted tambien... (Pues es buena  
la fama que por él gozo.)

ANDRES. Es muy natural: los años...

FELIPE. (¡Oh! sí piensa de ese modo  
hacerse estimar, conviene  
echar su prestigio á fondo.)  
¡Hola! ¿Conque usted da oidos  
á mi amigo? No me asombro.  
Constantemente en la tierra  
pagamos unos por otros.  
No me maravilla. Siempre  
pasa lo mismo.

ANDRES. Supongo  
que don Juan...

FELIPE. ¡Vaya una alhaja!  
Ya lo sabrá usted!...

ANDRES. Lo ignoro.



FELIPE. ¡No es posible! Si en la córte  
él dá la norma y el tono  
á todos los calaveras.

ANDRES. Yo siempre le he visto!... (Con incredulidad.)

FELIPE. ¡Á todos!

Pregunte usted en Madrid  
lo que es ese hijo de Apolo,  
único padre que tiene,  
segun los rumores sordos  
que corren sobre su origen  
y de que yo no respondo.

ANDRES. Harta desdicha es la suya  
si son ciertos.

FELIPE. Yo los oigo...

Pero, en fin, esta no es cosa  
que nos incumba á nosotros.  
La verdad es que con ese  
aire formal, y ese rostro  
tan apacible y tan grave,  
es de la piel del demonio.

ANDRES. (Bien hago en temer...) (Receloso.)

FELIPE. ¡Si tiene

alma de don Juan Tenorio!  
Más mujeres en el mundo  
lloran su triste abandono,  
seducidas y olvidadas  
por él... ¡Vamos, si es un mónstruo!

ANDRES. ¡Buenas serán ellas!... (Con desden.)

FELIPE. ¡Pobres

víctimas de un mentiroso!

ANDRES. Así se disculpan todas  
las que olvidan su decoro.  
—Amor, pasion, desvarío,  
irresistibles coloquios...—  
frases son que el vicio emplea  
para engañar á los tontos.  
Si esas palabras tuviesen  
un valor absolutorio,  
¿qué seguridad habría  
en la fé del matrimonio?  
¡Oh, no! La mujer que cede,  
quiere ceder: esto es obvio;

y cediendo, se hace digna  
más que de lástima de odio.

FELIPE. ¡Magnífico! (Si supiera...)  
¡Já! ¡já!... Pues usted es voto...  
(Tocándole en el hombro.)

ANDRES. ¿Quién con felices amores  
no ha entretenido sus ocios  
estudiantiles?

FELIPE. Ya veo  
que usted también, cuando mozo,  
debíó de ser...

ANDRES. (Preocupado.) No fuí un santo.  
Y me ví en tales embrollos  
por mujeres de esa especie...  
¡Son recuerdos dolorosos!

FELIPE. ¡Bueno! ¿algún desliz? observo.  
don Andrés, que todos somos  
lo mismo... Predicadores  
y pecadores de á fólio.  
¡Sí, por eso hay tantos seres }  
sin familia y sin apoyo.

ANDRES. (Con terror.) ¡Oh, calle usted! Si ellas fueran  
siempre honradas!

FELIPE. No me opongo.  
Pero á veces la conciencia  
es rigurosa con otros,  
para no sentir el peso  
del remordimiento propio.  
(Yo también predico...) (En tono de broma.)

ANDRES. (Reponiéndose de su emoción y después de una  
breve pausa.)

Es raro  
que pinte usted de ese modo  
á don Juan, siendo su amigo...

FELIPE. Pues no invento nada; copio.  
Además, él tiene buenas  
cualidades. Es muy probo;  
en sus amistades firme,  
en sus hechos generoso.  
¿Qué se ha de hacer? Ligerezas  
de la edad, que el tiempo sólo  
sentará... ¡Vaya un retrato!

Ni yo mismo le conozco.  
Pero él ántes...)

ANDRES. ¿Quién diría?

FELIPE. (Ya duda.)

ANDRES. (Preocupado.) ¿Conque es tan loco?...

## ESCENA VII.

DICHOS, ANA.

ANA. Papá, en el zaguan espera...  
(¡Él aquí...) (Reparando en Felipe.)

ANDRES. ¿Quién?

ANA. El villano  
que hallaste ayer en la era.  
Caballero... (Con cortedad.)

FELIPE. (¡Está hechicera!)

Ana...

ANA. Beso á usted la mano.  
(Fingiendo frialdad.)  
(El corazon se me salta  
del pecho...)

ANDRES. Justo es que acuda  
en su auxilio...

ANA. Si hace falta,  
no le negarás tu ayuda...

ANDRES. ¡Oh contando con tan alta (Sonriendo.)  
intercesion, ¿qué he de hacer?

ANA. Eres generoso y bueno.  
(Fijándose con intencion en Felipe.)  
¡Si otros lo supieran ser!

ANDRES. Templar el dolor ajeno  
es cumplir con un deber.  
El alcalde ha detenido  
á su hijo...

ANA. ¿Y por qué?

ANDRES. Suponte

cuál su delito habrá sido.  
¡Nada! que fué sorprendido  
cogiendo leña en el monte.  
Veremos lo que resulta

*Fofo*

de todo, y pues me consulta  
no será, por cierto, en balde;  
yo le pagaré la multa  
y convenceré al alcalde.

ANA. Tu buen corazon bendigo.  
Hay quien con una palabra  
podría calmar, amigo,  
el pesar que él mismo labra,  
y... calla...

FELIPE. (Esto va conmigo!)

ANDRES. Puesto que tan poco quiere,  
haré por él cuanto fuere  
posible...

ANA. ¡Gracias, papá!

ANDRES. (Despidiéndose de Felipe.)  
Adios. No es justo que espere.  
Es un pobre...

## ESCENA VIII.

FELIPE, ANA.

ANA. ¡Ingrato!

FELIPE. ¡Bah!

¿Esto es cuanto se te ofrece?

¿Es justo tratarme así?

ANA. ¿Y qué otra cosa merece  
tanto olvido? ¡Te parece!...

¿Un mes sin saber de tí?

¡Ay! ¡de otro modo solías

en más venturosos dias  
desmostrarme tu cariño!...

FELIPE. Es que entónces no reñas... (Con despogo.)

ANA. Es verdad; ¡y ahora te riño! (Con amargura.)

¡Cruel, qué mudado estás!...

Pero yo la culpa tengo.

No me quejo...

FELIPE. Por demas.

Me llamas á verte y vengo.

¿Puedes exigirme más?

ANA. ¿Esto es gracia? ¿Habré llegado  
á tan lastimoso estado

que merezca compasion?  
¡Mentira! Nunca has amado.  
Si te falta corazón!

FELIPE. Ya ves que no te contesto.  
Soy prudente y callo...

ANA. (Afligida.) ¡Sí!  
Con mis quejas te molesto...

FELIPE. Cuando son injustas...

ANA. (Fuera de sí.) ¡Esto  
no puede seguir así!

FELIPE. ¡Qué! Me amenazas!

ANA. (Dominándose.) ¡Impío!  
¡Yo amenazar cuando imploro  
con amante desvarío!

No sabes, Felipe mio,  
cuánto sufro, cuánto lloro.  
Si supieras la agonía  
á que el corazón se entrega,  
mayor tu angustia sería.  
Llorando, la noche llega,  
llorando me encuentra el día!

Y en la triste soledad  
que con afán solícito,  
vivo en continua ansiedad,  
que la ocupa mi delito  
y me acusa sin piedad.  
Huyo del que el ser me dió,  
quiero abrazarle contenta,  
y no me resuelvo, no,  
pues se interpone mi afrenta  
entre el pobre viejo y yo.

Hasta mi hijo desdichado  
me inspira miedo y cuidado.  
¡Ay! quizás cuando comience  
á ser hombre, se avergüence  
de la vida que le he dado.  
Este temor me intimida.

Debe ser cosa cruel  
ver que un hijo nos olvida!...  
Esta no es vida, no es vida!  
Ten piedad... ¡Ténla por él!

FELIPE. Cálmate... (No se si debo (Conmovido.)

- resistir...) Enjuga el llanto.  
Mi palabra te renuevo  
de... (¡La infeliz me ama tanto!...  
En fin, veré... No me atrevo.)
- ANA. ¡No más! Tu intencion sospecho. (Indignada.)  
Debes estar satisfecho  
de tu hazaña contra mí.  
¡Oh! me estás dando derecho  
para despreciarte.—¡Sí!  
(Observando un movimiento de cólera en Felipe.)
- FELIPE. En extremo estás cansada.  
Ya te he dicho...
- ANA. (Con desesperacion.) ¡Ay, madre amada,  
cuya memoria vendigo,  
¿por qué á la eterna morada  
no me llevaste contigo?  
Faltóme tu santo escudo  
y la perfidia me hirió  
con golpe certero y rudo.
- FELIPE. (Á veces vacilo, y dudo  
si soy un malvado ó no.)
- ANA. ¡Oh! pero no puede ser!  
Hoy necesito saber  
si me sacas de este abismo.  
Si eres honrado...
- FELIPE. (Con indecision.) Mujer...  
en otra ocasion...
- ANA. (Resueltamente.) ¡Hoy mismo!
- FELIPE. El tiempo pronto se pasa.  
Juro calmar el afan  
que el corazon te traspasa...  
Mas espera... (Otra vez Juan!...  
¡Si entra aquí como en su casa!)  
Que no observe...

## ESCENA IX.

DICHOS, JUAN trémulo y agitado.

- JUAN. ¡Amigos! míos!
- FELIPE. ¿Qué sucede? Estás inquieto...



- JUAN. Mira, mira. (Enseñando un telegrama.)  
FELIPE. Es un despacho telegráfico!... ¡Ah! ya veo... (Después de leer.)  
ANA. ¿Qué tiene? (Con inquietud.)  
FELIPE. Su anciana madre se muere.  
JUAN. Parto al momento. El tren va á salir... ¿Quién sabe si cuando llegue habrá muerto?  
ANA. Tenga usted valor!... Acaso...  
JUAN. ¡Ay, Ana! ¡Ay, Ana! ¡no puedo! (Con desesperacion.) Es mi madre, y en la tierra otra esperanza no tengo.  
ANA. (¡Infeliz!)  
FELIPE. Si necesitas algo...  
JUAN. Mi casa te dejo: dispon de ella como quieras; yo marchó á Madrid corriendo. ¡Ya ves! ¡Mi madre agoniza!...  
FELIPE. Vete, Juan, que eso es primero.  
JUAN. Adios, Ana.  
ANA. Siento mucho...  
JUAN. ¡Ruegue usted que llegue á tiempo!  
FELIPE. Voy á despedirte... (Así me libro de lloriqueos.)  
ANA. ¿Vendrás pronto? (Á Felipe.)  
FELIPE. Podrá ser.  
ANA. Decídete.  
FELIPE. (Con despego.) Ya veremos.

## ESCENA X.

ANA.

¡Oh! ¡Me abandona el traidor,  
me abandona sin remedio!  
¡Si me muriera!... ¡Dios mio,  
es un perjuro... y le quiero!  
¡Qué feliz será esa anciana,  
qué feliz será, muriendo

querida y honrada... y libre  
de atroces remordimientos!  
¡Horror me inspiro á mí misma,  
de mí misma me avergüenzo!...  
¡Mi padre sin honra, mi hijo  
sin nombre!.,. ¡Dios justiciero!  
(Cae desfallecida de brazos sobre el velador.)

## ESCENA XI.

ANA, D. ANDRÉS.

D. Andrés observando desde el umbral de la puerta el intenso dolor de su hija, y acercándose despues sin ser sentido hasta tocar á Ana en el hombro.

ANDRES. (¡Siempre triste! ¿Qué hay aquí?  
¡No lo sé: pero me inquieta  
pena tan honda y secreta!)  
Ana...

ANA. ¡Ay, Dios!  
(Enjugándose precipitadamente las lágrimas.)

ANDRES. (Con dulzura.) ¿Qué tienes, dí?

ANA. ¿Yo?... Nada.

ANDRES. Serán antojos  
tal vez; pero juraría  
que brillaban todavía  
las lágrimas en tus ojos.

ANA. ¡Es mucha tenacidad  
la tuya!...

ANDRES. (Apesadumbrado.) ¡Ay, hija! Sospecho  
que me asiste algun derecho  
para saber la verdad.  
¿Á qué ocultar el quebranto  
que te perturba y sofoca,  
si lo que afirma tu boca  
viene á desmentir tu llanto?  
Hace tiempo... —es menester  
que te diga lo que siento:—  
eres presa de un tormento  
que no acierto á comprender.



Con triste solicitud,  
aunque en mi orgullo ofendido,  
mil veces he sorprendido  
tu silenciosa inquietud.  
¿Por qué callará—decía—  
siendo tan honrada y buena?  
Quizás encubre su pena  
por no despertar la mía.  
Y en esta vacilacion  
he pasado muchos meses,  
siempre esperando que abrieses  
las puertas del corazon.  
Pero hoy ni debo ni puedo  
callar, pues viéndote muda,  
nace en mí pecho una duda  
que casi me infunde miedo.  
Vuélveme la confianza...

ANA. Si yo... (Confusa.)

ANDRES. (Cariñosamente.) Quiero que me digas  
la verdad. ¿Acaso abrigas  
un amor sin esperanza?  
¿No contestas? Te suplico  
que hables.

ANA. (Afligida.) (¿Cómo responder?)

ANDRES. ¿Qué secreto puede haber  
para un padre? ¡Ah! me lo explico.

ANA. (¡Esto es horrible!)

ANDRES. Mi larga  
práctica de magistrado,  
una percepcion me ha dado  
tan segura como amarga.  
Lo mismo que en un escrito,  
si ella me ilumina, leo  
en el semblante de un reo  
su inocencia ó su delito.  
Hoy fijo mi vista en tí  
de asombro y de espanto llena,  
y mi vista te condena...

ANA. ¡Padre! (Con angustia.)

ANDRES. Te condena, sí.  
Ese llanto que á despecho  
vierten tus ojos hundidos;

esos ahogados gemidos  
que están rompiéndote el pecho;  
ese temor que te agita,  
muestran hasta la evidencia  
que has herido tu conciencia,  
y tu conciencia te grita.

ANA. ¡No puedo más!... (Aterrada.)

ANDRES. ¡Desdichada!

¡Tu indecision me convence!  
No hay mujer, que se avergüence  
sino de no ser honrada.

ANA. (Fuera de sí, cayendo de rodillas á los piés de su padre.)

¡Mátame!...

ANDRES. ¡No te comprendo!

(Sin darse cuenta de lo que oye.)

ANA. Con sangre tu honor redime..

¡Soy criminal!...

ANDRES. (Como herido del rayo.) ¡No, no! Díme  
por favor que estás mintiendo!

¡Es imposible! ¡Ay de mí!

¡No es verdad lo que sucede!

¡Es un sueño!... ¡Dios no puede  
haberme olvidado así!

ANA. ¡Si no merezco perdon!

(Sollozando á los piés de su padre.)

Le amé, vencióme su ruego,  
creí sus promesas...)

ANDRES. (Arrebatado.) ¡Luego

es cierta tu perdicion?

Y yo?... ¡Por qué habrás nacido?

ANA. ¡Mátame!

ANDRES. ¡Dios de Israel!

(Levantándola violentamente del suelo.)

¿Quién es él, dí, quién es él?

¡Pronto!

(Deteniéndose á escuchar como si oyera pasos. En este espacio procurará dar á su semblante una tranquilidad aparente y forzada.)

¡Calla!

ESCENA XII.

*Jova*

DICHOS, FELIPE.

- ANDRES. Oh! bien venido!  
(Saliendo al encuentro de Felipe y tendiéndole la mano con violenta alegría.)
- ANA. ¡Ay! (Desmayándose.)
- FELIPE. (Con indiferencia.) Ahora dejo en el tren al pobre Juan!...
- ANDRES. ¿Se ha marchado sin despedirse? (El malvado! ¡Todo lo comprendo bien!)
- FELIPE. Faltóle tiempo. . ¿Qué es esto?  
(Reparando en Ana.)
- ANDRES. Un desmayo!
- FELIPE. Así parece!...
- ANDRES. ¡Petra! Petra!  
(Tirando con fuerza de la campanilla.)

ESCENA XIII.

DICHOS, PETRA asustada.

*Felou*

- PETRA. ¿Qué se ofrece?
- ANDRES. ¿No lo ves? Acude presto.  
(Mostrándole á Ana. Petra y Felipe rodean apresuradamente á Ana. D. Andrés se aproxima tambien, aunque con más lentitud.)
- FELIPE. (Tal vez de Juan el viaje...) (Con recelo.)
- ANDRES. ¡La mira en el precipicio y huye!... Al fin hijo del vicio! No desmiente su linaje!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



---

## ACTO SEGUNDO.

---

Habitacion cerrada, amueblada con elegancia. Puerta en el fondo, y á cada uno de sus lados una jardinera. En la de la izquierda una caja de pistolas. Puertas laterales. Un velador con libros, etc.

### ESCENA PRIMERA.

PETRA sola.

¡Válgame el cielo, qué dia  
de revolucion! Malhaya  
la hora fatal en que fuimos  
á Pozuelo de Aravaca.  
¡Qué tráfago, qué emociones!  
Yo voy á ponerme mala.  
De correr y de llorar (Sentándose.)  
no ceso... Anteayer mañana  
el trueno gordo; despues  
la vuelta precipitada  
á Madrid... ) Sí ésta no es vida!

### ESCENA II.

PETRA, D. ANDRÉS.

ANDRÉS. Petra... (Entrando.)

PETRA. ¡Ay, Jesús!

(Levantándose precipitadamente.)

¿Quién me llama?

ANDRES. ¿Dónde está Ramon?

PETRA. No ha vuelto  
todavía.

ANDRES. Pues ya tarda.

PETRA. ¡Cá! No señor: si hace poco  
que vino con esta caja...

(Señalando la de las pistolas.)

ANDRES. ¡Ah!... (Cogiéndola.)

PETRA. Por cierto que me dijo  
con una voz tan extraña...

ANDRES. ¡Habrás imbécil!...

PETRA. «No la toques:  
mira que el diablo las carga...  
y las descarga...»

ANDRES. Sin duda  
(Sin hacerla caso, mirando las pistolas.)  
habrá extrañado Peralta  
mi petición... ¡Es tan raro  
buscar á mis años armas!...  
¡Mi suerte lo ordena!

PETRA. (¡Tiene  
de dolor transida el alma!  
Si me atreviese... Me haré  
la desentendida.) Vaya,  
¿qué tiene usted?

ANDRES. ¿Yo?... ¿Qué es eso?

(Alarmado, guardando las pistolas que habrá esta-  
do mirando vuelto de espaldas á Petra.)

PETRA. Que algo extraordinario pasa.  
El corazón me lo ha dicho...  
(Y la señorita.)

ANDRES. Basta. (Interrumpiéndola.)

PETRA. Eso de dejar el pueblo  
de la noche á la mañana  
como si huyéramos! esa  
tristeza que se retrata  
en el semblante de usted...

ANDRES. Es que á Madrid me llamaban  
mis asuntos... (¡Si creía  
que todos me señalaban

con el dedo!)

PETRA. Pero el llanto  
de la señorita...

ANDRES. (Incomodado.) ¡Calla!

PETRA. ¡Si viera usted cómo sufre!  
Hasta de encerrarse trata  
en un convento...

ANDRÉS. ¡Te digo  
que calles!

PETRA. (Con sumision.) Si usted lo manda...  
(Cuando se pone tan hosco,  
¿quién es la que le sonsasa?)

ANDRES. En cuanto vuelva Ramon,  
házle que lleve esta carta  
á su destino. Que inquiera  
si el sujeto está aún de caza  
ó ha regresado...

PETRA. (Tomando la carta.) Ya entiendo.

ANDRES. Oye: si está levantada  
Ana...

PETRA. (Con lástima.) ¡Si no se ha acostado!

ANDRES. Pues dile que quiero hablarla.

PETRA. ¡Para don Felipe!

(Admirada: leyendo el sobre de la carta al salir.)

### ESCENA III.

D. ANDRÉS solo.

Espero  
que venga... ¡Y si se negára!...  
¡Le buscaría! Pensar  
que le he tenido en mi casa  
despues de saber la ofensa  
y... ¡Pero vendrá sin falta!  
¡Cómo la razon se ofusca!  
¡Qué injustamente acusaba  
á don Juan!... Si parecía  
su maldad palpable y clara!  
Jamás hubiera pensado  
en Felipe... ¡en quien me engaña!



¡Oh! si no me satisface,  
si se niega á mi demanda,  
un duelo, la muerte!... ¡Aquí  
(Señalando con furor reconcentrado la caja de pistolas.)  
tengo mi última esperanza!  
temo asomarme al abismo  
de mi espantosa desgracia!  
¡Si será que me condena  
Dios por mi culpa olvidada!

## ESCENA IV.

D. ANDRÉS, ANA.

Ana se acerca silenciosamente hasta ponerse al lado de su padre, abismado en sus tristes recuerdos.

ANDRÉS. ¡Ah! no había reparado (Viéndola.)  
en usted, y la esperaba.  
Siéntese usted.

ANA. (Vaeilando.) ¡Tengo miedo!...

ANDRÉS. ¡Siéntese usted! (Con imperio.)

ANA. (Obedeciendo.) ¡Dios me valga!

ANDRÉS. ¡Qué pálida está!  
(Mirando con interés mal disimulado.)

ANA. (Quisiera  
que la tierra me ocultára!)

ANDRÉS. Me ha dicho usted que Felipe  
(Dominando su emoción.)  
comprometió su palabra...

ANA. Sí, señor...

ANDRÉS. Bien; hoy le aguardo.  
(Animándose.)

Hoy esta cabeza blanca,  
que se levantaba erguida,  
se humillará avergonzada.  
Hoy mendigaré un retazo  
de mi ya perdida fama,  
y me negarán lo mismo  
que me han quitado!... ¡Qué infamia!  
Estará usted satisfecha,



verdad?

ANA. (Confusa.) ¡Las fuerzas me faltan!

ANDRES. No cederá... Mas si cede,  
si mis súplicas le ablandan  
y no resiste, ¡qué vida,  
qué vida, infeliz, te aguarda!

ANA. ¡Dios mío! (Hondamente afligida.)

ANDRES. ¿Piensas acaso  
que esos yerros no se pagan  
con usura? ¿que en el mundo  
puede borrarse esa mancha?

ANA. ¡Oh, qué tormento! (Fuera de sí.)

ANDRES. Temores,

recelos, desconfianzas,  
turbarán continuamente  
el sosiego de tu casa.

Entre tu marido y tú,  
cual pavoroso fantasma,  
se levantará el recuerdo  
de tu flaqueza pasada.

De tí misma tendrá miedo,  
vivirá en perpétua alarma;  
serán terribles sus días,  
sus noches serán amargas,  
y te dirá cuando intentes  
persuadirle:—¡Calla, calla!  
tú deshonraste á tu padre,  
tú fuiste débil y falsa...

ANA. ¡Ten piedad! (Sobrecogida de espanto.)

ANDRES. (Sin hacerla caso.) Si de soltera  
tan mal tu virtud guardabas,  
¿cómo quíeres que confie  
en tu virtud de casada?

Eso te dirá, si al fin  
el recelo no le aparta  
de tu lado...

ANA. (Angustiada.) ¡Ay! ¡en el pecho  
mi corazón se quebranta!

¿Esto es vivir, Dios eterno!

ANDRES. ¡Valiera más que llorara  
tu muerte que mi deshonra!

ANA. ¡Tu justa cólera aplaca!...

ANDRES. ¡No, jamás!

ANA. Grande es mi culpa:  
no pretendo aminorarla.  
Me aborrezco; soy indigna  
de besar por donde pasas;  
merezo todas las iras  
del cielo; pero me espanta  
tu aborrecimiento, padre!

ANDRES. ¡Oh! ¡no es hija quien arrastra  
mi crédito por el fango!

ANA. ¡Padre!... (Suplicándole.)

ANDRES. (Con exaltacion.) ¡Ese nombre me infama!  
¡Vergüenza tengo de serlo!

ANA. ¡Ay!

ANDRES. —Mañana por tu causa  
seré el ludibrio de todos.  
—Ese es el padre de Ana—  
mostrándome por do quiera,  
dirán.—No hacertó á guardarla!—  
Y don Juan, que habrá sabido  
allá en el lugar tu falta,  
y el seductor, que á estas horas  
quizás del triunfo se alaba,  
y el pesar que me consume,  
y el rubor que me delata,  
me harán objeto en el mundo  
de burlas y carcajadas!  
¡Ingrata! goza en tu obra!  
ANA. ¡Mentira! El dolor no mata!  
(En un arranque de desesperacion.)

## ESCENA V.

DICHOS, D. JUAN demudado y de luto riguroso.

ANDRES. Don Juan!... (Temo que conozca  
mi deshonor en mi cara!)  
(Saliendo á su encuentro y reparando en él.)  
¿Usted aquí?... Mas ¿qué es esto?  
Esa palidez extraña...  
ese luto... ¡Usted es víctima

JUJO

de una terrible desgracia!  
Su madre de usted!...

JUAN. (Con voz ahogada.) No existe.

ANA. ¡Ha muerto? (Con pena.)

ANDRES. Siento en el alma...

JUAN. Vengo desde su sepulcro  
á cumpllr una sagrada  
mision...

ANA. ¡Para esos dolores  
no hay consuelo, sólo hay lágrimas!

JUAN. ¡En mis ojos se han secado!

ANA. ¡No en los míos!

JUAN. ¡Ana, gracias!

(Estrechándola con efusion la mano.)

ANA. (¡Ella ha muerto, y yo!...)

JUAN. (Á D. Andrés.) Aquí vengo  
á un asunto de importancia.

ANDRES. Usted!... (Sin duda lo sabe!  
¡Oh! con razon maliciaba!...)  
Bien...

ANA. Me retiro...

ANDRES. (No puede  
ser esto!...)

ANA. (Alejándose.) (Dichosa anciana!  
La tengo envidia!... Siquiera  
en la tumba se descansa.)

## ESCENA VI.

D. ANDRÉS, JUAN.

JUAN. Sospecho que extraña usted  
á tal hora mi visita.

ANDRES. Si es que usted me necesita,  
me hará en mandarme merced.  
Sabe usted que le ofrecí  
cuanto valgo y cuanto tengo,  
y hoy más que nunca...

JUAN. (Con solemnidad.) ¡Es que vengo  
á acusarle á usted!

- ANDRES. (Inquieto.) ¡Á mí?  
Es posible?
- JUAN. Sí señor.
- ANDRES. Ignoro en qué habré pecado.  
Es usted tan desgraciado  
que le trastorna el dolor!  
Comprendo ese sentimiento  
que le turba y extravía.
- JUAN. Cierto; pero á usted debía  
turbarle el remordimiento. (Severamente.)
- ANDRES. Caballero, mi altivez  
no consiente...
- JUAN. (En el mismo tono.) Necesito  
que juzgue usted un delito  
con la austeridad de juez.  
Quiero saber si hay mayor  
crimen, ni más execrable,  
que el de ladrón miserable  
que asalta el ajeno honor.
- ANDRES. (Angustiado.)  
¡Ay, Dios! ¿Luego usted no ignora?...
- JUAN. ¡Lo sé todo!
- ANDRES. (En el mayor desconsuelo.) ¡Lo temía!  
Qué aciaga suerte es la mía!
- JUAN. (Con amargura.)  
Cuando no hay remedio llora!
- ANDRES. Lloro, sí, de indignación,  
de vergüenza, lo confieso.  
¡Si viera usted! tengo un peso  
que me abrumba el corazón!  
¿No es cierto que el libertino  
es indigno de piedad?
- JUAN. ¿Qué dice usted? (Asombrado.)
- ANDRES. ¿No es verdad  
que es un cobarde asesino?  
¿Qué es un corazón villano,  
sin virtud, el que atropella  
el pudor de una doncella  
y las canas de un anciano?
- JUAN. Sí, sí, pero usted olvida... (Maravillado.)
- ANDRES. (Sin escucharle.)  
Cruce usted sencillo y bueno,

de nobles acciones lleno,  
el sendero de la vida.  
La fama que usted hereda,  
la que adquiere con prolijos  
afanes, preste á sus hijos,  
honrándoles cuanto pueda.  
Para que venga á manchar  
un extraño su decoro,  
privándole de un tesoro  
que no se vuelve á cobrar.  
¡Para perder en un dia  
el crédito y el consuelo!...  
¡Oh! ¡no hay castigo en el suelo (Con ira.)  
para tanta felonía!  
¡No le hay!

JUAN. No esperaba tanto;  
usted mismo se sentencia.  
Y es que tiene la conciencia  
arranques que dan espante.  
Arranques que traen en pos  
la condenacion del reo,  
arranques en donde veo  
brillar la mano de Dios!

ANDRES. ¿Debo acaso responder (En tono de queja.)  
del engaño que he sufrido?

JUAN. Si usted hubiera rendido  
culto constante al deber,  
ni llorára ese deslíz,  
ni yo le pidiera cuenta  
de una vida que me afrenta  
y de una madre infeliz.

ANDRES. ¡Estoy soñando ó despierto? (Aterrorizado.)  
¡Usted! (¿Qué terror me asalta!)

JUAN. ¡Confesándome su falta (Penosamente afectado.)  
la que me dió el ser ha muerto!  
¿Qué mucho que la ocultase  
hasta el postrimero dia?  
La desdichada temía  
que mi afecto se entibiase.  
Y si alguna vez dudé  
de este maternal engaño,  
callé por no hacerla daño,

- por no ofenderla callé.
- ANDRES. Voy á perder la razon. (Fuera de sí.)  
¿Es esto verdad?
- JUAN. (Severamente.) Soy hijo  
de doña Juana de Arguijo.
- ANDRES. ¡Tú!—¡Qué horrible expiacion! (Coastado)  
¿Qué he de decir en mi abono  
si Dios me ha juzgado ya?
- JUAN. ¿Y quién disculpar podrá  
tan criminal abandono?
- ANDRES. La creí culpable...
- JUAN. (Con fuego.) No,  
basta que usted lo creyese...
- ANDRES. ¡Es verdad! (Abatido.)
- JUAN. Y aunque lo fuese,  
¿era responsable yo?  
¿Debió usted negarme impío  
un nombre?
- ANDRES. Dártele espero.  
(Agitado y confundido.)  
¿Puedo hacer más?
- JUAN. (Con orgullo.) ¡No le quiero!  
Hoy le honrará á usted el mio.  
En mi oscura soledad  
he sabido conquistarme  
lo que usted no quiso darme...
- ANDRES. ¡No debo exigir piedad!  
¡Ay, Señor! ¡Ya he conocido  
con cuánta razon me infamas!  
¡Qué tremendamente llamas  
á las puertas del olvido!  
Hoy en un mismo recuerdo  
se eslabona y encadena;  
el hijo que me condena  
con la estimacion que pierdo.  
Hollé el corazon de un padre  
en mi juventud liviana,  
y Dios me castiga en Ana!..  
¡Ya está vengada tu madre!  
(Con profunda desesperacion.)
- JUAN. ¡Oh, pero eso no es verdad! (Sobrecogido.)  
Acaso usted anticipe



su juicio...

ANDRES. (Interrumpiéndole amargamente.)

¡Apela á Felipe!

JUAN. ¡Felipe! ¡Qué iniquidad! (Sorprendido.)

ANDRES. ¡Lo que sembré recogí!  
Tus decretos reverencio,  
Señor.

1a P020

## ESCENA VII.

ANDRÉS, JUAN, ANA.

JUAN. (Al ver aparecer á Ana.)

¡Silencio! ¡Silencio!

ANDRES. ¡NO, NO! (Sin poder disimular su emoción.)

JUAN. (En voz baja.) Por ella y por mí.  
(En mala ocasion llegó.)

ANA. (Observando la profunda afliccion de D. Andrés.)  
(¡Papá llorando!... ¿Qué es esto?  
¿Sabrá don Juan?... ) Si molesto...  
(Tímidamente.)

JUAN. (Por lo bajo á D. Andrés, temeroso de que Ana  
sospeche.)  
(¡Que Ana nos observa!)

ANDRES. No...

Quédese usted...

ANA. (Cortada.) Oí un grito,  
Y...

JUAN. (Disimulando.) Me le arrancó el pesar,  
sin duda.

ANDRES. (Cada vez más impresionado.)  
(Quisiera estar  
á solas con mi delito.)

ANA. (¡Si no sé lo que decir!)

JUAN. (Á D. Andrés en voz baja.)  
(Es menester que esto acabe,  
no advierta...)

ANA. (Fijándose con receloso interés en el dolor de su  
padre y consternada.)

(¡Todo lo sabe!)

JUAN. (¡Todo se va á descubrir!... (Turbado tambien.)  
Váyase usted!...) (En voz alta.) Aquí espero  
en tanto que usted escribe



la... carta. (Que se apercibe del dolor de usted!...

ANDRES. (¡Yo muero!)

(Obedeciendo maquinalmente.)

Bien; irá...

JUAN. (Respirando.) ¡Gracias á Dios!

ANDRES. (¡Temo que el pesar me venza!) (Marchándose.)

JUAN. No tarde usted. (Empujándole.)

ANDRES. (Me avergüenza la presencia de los dos.)

## ESCENA VIII.

JUAN, ANA.

JUAN. (¡Por fin respiro!)

ANA. (¡Ay de mí!

¡Ni siquiera á hablar acierto!)

JUAN. Usted de seguro aprecia (Dominándose.)

la pérdida que lamento,  
y no extraña mi amargura.

ANA. Antes bien la compadezco.

No hace mucho que he llorado  
como usted llora... Tenemos  
en el corazon la misma  
herida, el mismo recuerdo.

¡Tambien descansa en la tumba  
mi madre... y echo de menos  
el sólo amor que en la tierra  
es incorruptible, eterno!  
(Si no sabrá...)

JUAN. (Es imposible  
que adivine mi secreto.)

El dolor nos hace hermanos.

¿verdad, Ana?

ANA. (Queriendo en vano contener sus lágrimas.)

¡Es tan intenso  
el mío!...

JUAN. Los que padecen,  
se comprenden sin esfuerzo.  
¡Hermanos! ¡Qué dulce nombre,  
tan consolador y bueno!

parece que se dilata  
el corazón en el pecho.  
Eso de tener un alma  
que con santo y puro afecto,  
nos consuele si lloramos,  
nos levante si caemos;  
que en las grandes tempestades  
de la vida, nos dé aliento...  
Es el mayor de los bienes  
que pueden pedirse al cielo.

ANA. Para sentir sus desgracias  
su hermana seré... (Tendiéndole la mano.)

JUAN. (Alterado.) Lo acepto,  
no sólo con alegría,  
con vivo agradecimiento.  
¡Ana! las penas del mundo  
(Procurando consolarla sin despertar sus sospechas.)  
tienen fin... Dios pone término  
á los tormentos humanos.

ANA. ¡Con la muerte! (Afligida.)

JUAN. ¡Con el tiempo!

71070

## ESCENA IX.

ANA, JUAN, FELIPE.

FELIPE. Á los piés de usted, Anita.  
(Entrando sin reparar en Juan.)  
¡Ah!... (Viéndole, y con marcado disgusto.)

ANA. ¡Felipe!... Caballero...  
(Corriendo instintivamente hácia él y conteniéndose  
después.)

FELIPE. (Con desconfianza.)  
(¡Que siempre los halle juntos  
en Madrid, como en el pueblo!)  
¡Hola!...  
(Dando la mano con frialdad á Juan y mirándole  
con fijeza. El tono de Felipe es, durante esta esce-  
na, amargo é irónico con D Juan, receloso y duro  
con Ana.)

ANA. (Con ansiedad.) ¡Si pudiera hablarle!..)

FELIPE. Qué tal, chico, ¿estás enfermo?

¡Bah! soy tan desmemoriado...

¿Cómo está tu madre?

JUAN. (Con dolor.) Ha muerto.

FELIPE. ¿Cuándo?

JUAN. Anteayer.

FELIPE. Lo ignoraba.

Verdad es que anoche he vuelto

de caza...—Sin duda ustedes,

(Á Ana con amarga cortesía.)

sabedores del suceso,

han venido á consolarle...

Es justo...

JUAN. No hay nada de eso.

ANA. Papá quiso...

FELIPE. (Á Juan sin prestarle atención.)

Y tú aturdido

por un golpe tan funesto,

huyes de la soledad,

buscas el dulce consuelo

de las tiernas simpatías,

y...

JUAN. (Confuso.) Ya sabrás...

FELIPE. ¡Muy bien hecho!

El dolor busca expansiones.

Si hay afecto verdadero

en los amigos... (Los dos  
están turbados y trémulos.)

(Observándolos con ira.)

JUAN. Un motivo poderoso

me ha obligado...

FELIPE. Ya, ya veo

que será así. ¿Quién te pide  
explicaciones?—¿Qué es esto?

(Á Ana severamente en voz baja.)

ANA. (En el mismo tono, llena de inquietud.)

Sálvame, Felipe! Todo

lo sabe mi padre!...

FELIPE. (Alterado.) ¡Ah!!

JUAN. (Observándolos.) (Temo

que falte á sus compromisos.)

FELIPE. Pero ¿cómo ha descubierto?... (Á Ana.)

ANA. Se lo he dicho yo.

FELIPE. (¡Esto es gravel!)

ANA. Acosada...

FELIPE. (Aquí hay misterio.)

(En voz alta, receloso.)

Sin duda habré interrumpido  
sus pláticas y lo siento...

JUAN. ¡Tú!...

FELIPE. Los dolores son siempre  
solitarios y discretos...

(¡Oh! ¡me engañan!...)

JUAN. Mis pesares  
son, Felipe, tan tremendos,  
que entre el bullicio del mundo  
me tienen solo.

FELIPE. (Con duda.) Lo creo.

JUAN. Donde estamos Ana y yo, (Severamente.)  
puede estar otro sin riesgo  
de importunar.

FELIPE. (Hay aquí  
algo extraño que no entiendo.)

ANA. No me abandones. (Á Felipe.)

JUAN. (En el mismo tono.) Quien tiene  
tan honrados pensamientos  
como tú, ni piensa mal,  
(Recalcando sus palabras.)  
ni nunca se olvida de ellos.

FELIPE. No sé á qué viene...

JUAN. (Dominándose.) Es verdad .  
Perdona... (¿Si tendrá celos?)  
Me voy. (Querrán estar solos  
y les estorbo.)

FELIPE. Sospecho  
que irás consolado...

JUAN. ¿Tanto  
te interesa en saberlo?

FELIPE. ¿No soy tu amigo? (Se burla  
de mí...)

JUAN. Despues hablaremos.

ANA. ¡Ese lenguaje!...

(Asustada del giro que toma el diálogo.)

ESCENA X.

DICHOS, D. ANDRÉS.

ANDRES. (Con severidad á Felipe.) Me acaban de decir, hace un momento, que estaba usted esperando?

ANA. (¡Dios le ilumine!)

FELIPE. En efecto.

He recibido la esquila de usted, y sin perder tiempo he venido...

ANDRES. Sé que usted no es amigo de perderlo.

ANA. ¡Prudencia, Felipe! (En voz baja.)

FELIPE. (Bruscamente.) Yo, señora, siempre la tengo.

ANA. ¡Cruel! ¿Estás enfadado conmigo?

FELIPE. (Con altanería.) ¿Pues yo me quejo?

ANA. ¡Ten presente el tierno lazo que nos une!...

(Durante este diálogo de Felipe y Ana, D. Andrés habrá llevado aparte á D. Juan manteniendo con él en voz baja la siguiente conversacion.)

ANDRES. Juan, no quiero que se sepa mi deshonra.

Tú puedes servirme.

JUAN. (Con pena.) Bueno. Pero ántes...

ANDRES. Pierde cuidado. buscaré todos los medios, y si se negase...

JUAN. Entónces el honor es lo primero.

(Siguen hablando entre sí.)

ANA. (Á Felipe.) El inocente no debe responder de nuestros yerros. Muévate á piedad.

FELIPE. (Mirando con inquietud á D. Andrés y Juan.) (No sé

qué pensar de <sup>ellos</sup> otros secretos.)

(Á D. Andrés interrumpiéndolos.)

Usted dirá lo que quiere,  
y si es que servirle puedo  
en algo...

JUAN. (Retirándose.) Con el permiso  
de ustedes...

ANDRES. (Ap. dándole la mano.)  
(Espera adentro.)

ANA. (¡Felipe, en tus manos tienes  
mi vida!)

FELIPE. (Receloso.) (¡Vamos con tiento!)

## ESCENA XI.

D. ANDRÉS, FELIPE.

FELIPE. (Á tiempo lo sé!... No quiero  
que se divierta conmigo.)  
Usted me dirá...

ANDRES. (Con ira mal reprimida.)  
Pues digo  
que no es usted caballero.

FELIPE. ¡Señor don Andrés!...

ANDRES. ¿Sin duda  
sorprende á usted mi lenguaje!

FELIPE. Yo no contesto á un ultraje (Dominándose.)  
si la ancianidad le escuda.  
Que es respetable la edad  
hasta cuando se propasa.

ANDRES. Usted ha entrado en mi casa  
como un amigo, ¿es verdad?

FELIPE. Si señor.

ANDRES. Franco y abierto,  
como mi propia mansion,  
ha estado mi corazon  
siempre para usted, ¿no es cierto?

FELIPE. Que le debo esa merced  
reconozco de buen grado.

ANDRES. En cambio usted me ha robado...

FELIPE. ¡Insulto tan grave!...

ANDRES. ¡Usted!



La acusacion no rehuya.

FELIPE. ¡Hierve la saugre en mis venas! (Indignad o.)

ANDRES. El ladron de honras ajenas  
tiene podrida la suya.  
Usted, usted me quitó  
la dicha, la paz del alma!

FELIPE. ¡Basta ya!

ANDRES. (Con forzada tranquilidad.)

Tenga usted calma,  
que tambien la tengo yo!

FELIPE. (Reprimiéndose.)

Dice usted bien: soy muy vivo  
de genio: sellaré el labio.  
Usted recuerda un agravio  
y se queja con motive.  
Mas no entraré en mi defensa  
si usted no temple ese ardor;  
que no es manchando mi honor  
como ha de lavar su ofensa.

ANDRES. ¿Luego usted confiesa?

FELIPE. Sí.

Las injurias suprimamos.  
Confieso que nos amamos  
Ana y yo con frenesí.  
Que la pasion y la edad  
me trastornaron el seso;  
que fui débil...

ANDRES. (Interrumpiéndole.) No, no es eso  
flaqueza, sino maldad.

Olvidó usted su deber  
y mi desdicha le imputo.  
¿Qué puede contra el astuto  
seductor una mujer?

¡Gran hazaña es abusar  
con halagos de serpiente,  
de un corazon inocente  
que ha nacido para amar!  
¡Ay, burlarse del cariño  
de un alma, en sus redes presa,  
es tan dificil empresa  
como burlarse de un niño!

FELIPE. ¡No me admira esa pasion!...



¡Hija al fin! Acepto el cargo.  
Eso que usted, sin embargo,  
tuvo distinta opinion.  
Há poco no concebía  
que una mujer sucumbiera...

ANDRES. ¡Yo! ¡Cuándo? (Asustado.)

FELIPE. De esta manera  
recuerdo que usted decía;  
*Amor, pasion, desvario,  
irresistibles coloquios...  
frases son que el vicio emplea  
para engañar á los tontos.*

ANDRES. ¡No más, no más!

FELIPE. *Si tuviesen*

*un valor absolutorio,  
¿qué seguridad habria  
en la fe del matrimonio?  
¡No, no! ¡La mujer que cede  
quiere ceder!... esto es obvio,  
y cediendo se hace digna,  
más que de lástima, de odio!  
¿No es así como ha pensado  
usted?*

ANDRES. (Consternado y fuera de sí.)

¡Oh, ciego egoismo!  
Por disculparme, yo mismo  
armas contra mi honra he dado!  
¡Pero eso no es cierto, no!  
Usted mi opinion condena,  
porque Ana es buena... ¡Era buena!  
¡Lo sabe usted como yo!

FELIPE. (Haciendo un esfuerzo.)

(Si accedo se burlarán  
de mí... ¡Válgame el aplomo!)  
Señor don Andrés, yo tomo  
las lecciones que me dan.

ANDRES. ¡Imposible! No lo espero (Consternado.)  
de usted. ¿Verdad que me aflijo  
sin razon? usted es hijo  
de un cumplido caballero.  
Ha estrechado usted mi mano  
mil veces. ¡Qué baja accion

es gozarse en la afliccion  
de un amigo y de un anciano!  
Usted sabrá reparar  
el profundo mal que lloro.  
¡Ay, no olvide usted que imploro,  
que ruego en vez de acusar!

FELIPE. (Su llanto me ha conmovido,  
y no sé que hacer.)

ANDRES. ¡Se trata  
de mi nombre!...

FELIPE. (¡Y esa ingrata  
me vende!... ¡No me decido!  
¿Quién sabe si esto será  
un lazo?... Bueno es que aguarde.)  
Yo siento... Quizás más tarde... (Confuso.)

ANDRES. ¡Basta de súplicas ya! (Recobrando su energía.)

FELIPE. Hay causas...

ANDRES. Rómpase el freno  
que mi cólera contiene.  
Se niega usted porque tiene  
el ruin corazon de cieno.

FELIPE. No exija usted que proclame  
la razon en que me fundo.

ANDRES. ¡Oh! no hay razon en el mundo (Fuera de sí.)  
que le obligue á ser infame!  
¡Hable usted!

FELIPE. (Dudando.) Fuera indiscreto...

ANDRES. Aún tienen fuerza mis brazos  
para arráncarle á pedazos  
el corazon y el secreto.  
¡La lucha será terrible!  
¡Á muerte! ¡Á la ley apelo  
de las armas!

FELIPE. (Sorprendido y con disgusto.)  
¡Cómo! ¿Un duelo  
con usted?... ¡Es imposible!

ANDRES. ¿Eso es respeto ó temor?

FELIPE. ¡Extrañas suposiciones!  
En distintas ocasiones  
he probado mi valor.

ANDRES. ¡Hay más grande iniquidad!

FELIPE. Franco le presento el pecho.

(Con entereza.)

Á usted le sobra derecho  
para matarme, es verdad!  
Acabe usted de una vez:  
yo moriré resignado.  
Pero á usted le hacen sagrados  
la razon y la vejez.  
No entraré en otro camino  
por más que usted me exaspere.

ANDRES. (En el mayor grado de exaltacion.)  
¡Este miserable quiere  
que acabe yo en asesino!  
Me humilla, me pisotea,  
y dice que no se bate...  
(Yendo frenético á coger las pistolas.)  
¿Usted quiere que le mate  
como á un bandido?... ¡Pues sea!

## ESCENA XII.

DICHOS, JUAN, interponiéndose.

JUAN. ¡Ni un paso más!

ANDRES. Tengo sed  
de su sangre...

JUAN. Lo concibo.

FELIPE. (Sobrescitado y furioso á la vista de D. Juan.)  
¿Buscaba usted un motivo?  
Pues bien, ¡ahí lá tiene usted!  
(Señalando á D. Juan.)

JUAN. ¡Cómo! (Sorprendido.)

FELIPE. ¿Te parece extraño  
que haya descubierto el juego?  
¡Pero yo no soy tan ciego  
que no conozca un engaño!

JUAN. (¡Vamos, se quiere burlar  
de mí...) (Con forzada sonrisa.)

ANDRES. (Con ira.) ¡Si es justo que muera!

FELIPE. Comprendo que Ana viviera (Con intencion.)  
tan contenta en el lugar.  
Comprendo que tras el norte  
que há tiempo sus pasos guía,

volviese á la córte el dia  
que tú volviste á la córte!...

ANDRES. ¡Dios mio!

JUAN. ¡Eres un cobarde!

(Estrechando con violencia la mano de Felipe.)

FELIPE. ¡Preciso es que esto concluya  
con tu vida!

JUAN. ¡Con la tuya!

¡Y pronto!

FELIPE. Mañana es tarde.

Quien deja á su madre muerta  
y se viene aquí... ¡á llorar!  
quien se resuelve á escuchar  
oculto tras de una puerta...

JUAN. ¡Falso!

FELIPE. Quien llega tan alta  
confianza á merecer,  
que obtiene de una mujer  
la confesion de su falta...

ANDRES. (Exasperado.)

¿Lo ves? ¿Y aún quieres que viva?

JUAN. (Con sombría calma.)

¡Desdichado! ¿qué supones?

FELIPE. Quien en ajenas cuestiones  
toma parte tan activa...

JUAN. ¡Son propias! (Animándose.)

FELIPE. (Con ironía.) Pues tú ¿qué ganas  
en esto?

ANDRES. (Á Juan con terror.)

¡Ay, hijo! ¿Qué has hecho?

JUAN. (Amargamente despues de una pausa.)

(¿Hijo!... ¡y no tengo el derecho  
de volver por esas canas!)

ANDRES. ¡Oh! (Horrorizado.)

FELIPE. (Con reconcentrada ira á D. Juan.)

¿Ya has comprendido?

JUAN. Mengua

es ¡vive Dios! escucharte.

FELIPE. ¡Vamos! (Con impaciencia.)

JUAN. Antes de matarte  
te voy á arrancar la lengua.  
¡Calumniador!

FELIPE. (Con amenazadora tranquilidad.)

¡Está bien!

¡Vamos!

ANDRES. (Con angustia.) ¡Si este hombre no puede pensar eso!...

FELIPE. (Fuera de sí.) ¡La que cede una vez, cederá cien!

(Momento de espanto y consternacion. D. Andrés sin poder contenerse, llama á su hija con desesperacion.)

ANDRES. ¡Ana!

JUAN. (Deteniéndolo.) ¿Qué hace usted!

ANDRES. ¡Sí, sí!

¡Ana! ¡Deja que la llame!

## ESCENA XIII.

### DICHOS, ANA.

Ana sale apresuradamente y al oír las recriminaciones de Don Andrés, va perdiendo las fuerzas hasta caer de rodillas al finalizar el acto.

ANDRES. (Oprimiéndola el brazo.)

¡Ven! ¡mira cómo este infame me está tratando por tí!

FELIPE. (Conmovido y procurando marcharse.)

¡Ni un minuto más!...

ANDRES. ¡Lo olvida

todo!... ¡Si fuiste muy necia!

¡Escúchale! ¡Te desprecia como á una mujer perdida!

ANA. ¡Oh!

ANDRES. Le diste con tu honor el derecho...

ANA. (Cayendo de rodillas.) ¡Padre! ¡padre!

ANDRES. ¡Maldit!... (Desesperado.)

JUAN. (¡Que mira mi madre!)

(En voz baja, deteniéndolo y señalando al cielo con la mano.)

ANDRES. ¡Ay, Dios!

(Como si hubiese recibido un violento golpe, cayendo anonadado y sollozando; Juan acude en su auxilio, mirando con indignacion á Felipe, colocado en el último término de la escena.)

FELIPE.

Te espero. (¡Qué horror!)

(Haciendo extraordinarios esfuerzos por encubrir su emocion y alejándose.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO.

---

La misma decoracion del acto segundo. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA.

ANA sacando de un guarda joyas varias cartas y quemándolas á la luz de la bujía.

¡Pasad, queridas memorias  
de más venturosos tiempos,  
pasad! ¡Hoy sólo seríais  
abrumadores recuerdos!  
¡Si con vosotros huyeran  
mis impuros devaneos!...  
¡Si yo pudiera borrar  
su imagen!... ¡Pero no puedo!  
(Con desaliento.)  
Y sin embargo, es preciso  
que le olvide... ¿Por qué el fuego  
que consume estos papeles  
no abrasa mi amor con ellos?  
¡Cuánto tarda Petra!—¿Acaso (levantándose,)  
Ramon no habrá descubierto  
tampoco?... ¡La angustia mia  
va por instantes creciendo!  
¡Oh, si la sangre corriera



por mi causa!... ¡Me estremezco!  
¡Para aumentar mi zozobra  
no me faltaba más que esto!

21070

## ESCENA II.

ANA, PETRA.

PETRA. (¡Cuánto sufre!)

ANA. Te esperaba  
con afán...

PETRA. ¿(Cómo me arriesgo...)

ANA. ¿Viste á Ramon? (Con inquietud.)

PETRA. Si, señora.

ANA. ¿Y qué has sabido?

PETRA. (Con vacilacion.) De cierto  
nada... Pero me parece  
(Observando la agitacion de Ana.)  
que no ha de llevarse á efecto  
el lance...

ANA. ¿De veras, Petra?

PETRA. (¿Cómo la digo que el duelo  
se verifica mañana?)

Eso juzgo... (No me atrevo.)

ANA. Pero ¿qué hay? (Impacientándose.)

PETRA. Ya sabe usted

que Ramon es un sabueso  
muy listo, y como estos días  
ha estado tan poco diestro...  
sin encomendarse á Dios  
ni al diablo, se fué derecho,  
por complacerme tan solo,  
á buscar á un compañero  
que en casa de don Felipe  
está acomodado... creo  
que por recomendaciones  
del mismo Ramon.

ANA. (Con ansiedad.) Bien, pero...

PETRA. ¡Tenga usted cachaza!—Allí,  
Ramon, sin coprometernos,  
tendió sus redes. ¡Y como  
los criados lo sabemos

todo!...

ANA.

¡Ya!

PETRA.

El de don Felipe,  
que es un mozo de provecho,  
según afirma el de casa,  
contó lo propio y lo ajeno.

ANA.

¡Y qué dijo?

PETRA.

En realidad,  
mucho y nada. (¡Cómo miento!)

ANA.

¡Por Dios, no me martirices!

PETRA.

Le dijo que, en su concepto,  
debió su amo haberse visto  
en un compromiso serio  
hace días, pues volvió  
á su casa como un trueno.  
Que él sabe muy poco ó nada:  
sólo que en aquel momento  
le mandó buscar el amo  
las pistolas...

ANA.

(Alarmada.) ¡Dios eterno!

PETRA.

Pero que al día siguiente...

ANA.

¡Habla! (Con inquietud.)

PETRA.

Le mandó de nuevo  
guardarlas... ¡Este es un dato  
que... (¡Si fuera verdadero!)

ANA.

No basta... (Con desconfianza.)

PETRA.

(Queriendo tranquilizarla.)  
Pues el muchacho  
asegura...—yo no entiendo  
ni una jota,—que esto indica  
por lo ménos un arreglo.

¡Ya ve usted, hace tres días!...

ANA.

¡Ay, necesito creerlo  
para no morir de angustia!

PETRA.

(¡Dios no me tome este enredo  
en cuenta! Bastante llora  
la infeliz sin que aumentemos...)  
¡Ah! se me olvidaba. Al dar  
la vuelta Ramon, no lejos  
de su casa, á don Felipe  
se encontró...

ANA.

¿Qué estás diciendo? :

- PETRA. Segun dice iba tranquilo...  
(¡Mentira! ¡llevaba un gesto!...)  
Y le detuvo.—¡Qué cosas  
pasan!—Y con mucho empeño  
le preguntó por ustedes.  
¡Si yo estoy en el pellejo  
de Ramon!...
- ANA. (Con ansiedad.) ¿Sí? Cuenta, cuenta...
- PETRA. Ramon, sin pensar en ello,  
dijo que estaba usted mala...  
¡Oh! si tiene algo en el pecho  
debe sentir...
- ANA. (Animándose.) Y él entónces...
- PETRA. Se quedó como suspenso.  
Preguntó si todavía  
el señor no había vuelto...  
Estuvo un rato indeciso,  
y luégo, haciendo un esfuerzo,  
se marchó sin despedirse  
siquiera...
- ANA. (Interrumpiéndola.)  
¿Vendrá? ¡Ay! ¡No quiero  
pensarlo! Son ilusiones  
de mi corazon enfermo.  
¿Qué náufrago no se agarra  
á una tabla?
- PETRA. (Desconfiando.) ¡Es tan perverso!...  
Pero ¿quién sabe?...
- ANA. (Con desaliento.) ¡Esperanzas  
vanas! ¡Engañosos sueños!  
No será poco si logro  
la dulce paz que apetezco  
en la soledad del claustro,  
á donde morir deseo.
- PETRA. ¡Oh, calle usted! Si supiera  
don Andrés...
- ANA. ¡Yo le avergüenzo  
con mi presencia!... Conozco  
que perdí todo su afecto.  
¡Ya lo ves! ¡no quiere verme  
ni oirmel Desde el funesto  
dia en que faltó ese ingrato

á la fe de caballero;  
desde aquel terrible instante,  
esta casa es un desierto  
para mí!

PETRA. (Quejosa.) ¿Tan poco valgo  
yo?

ANA. (Con cariño.) No te ofendas por eso.  
Es mi padre... y me quería  
tanto!... tanto!

PETRA. (Qué tormento!)

ANA. ¡Vivir sin verme y sin verle!  
¡Estar bajo el mismo techo  
completamente alejados!...  
¡Oh! yo no puedo, no puedo  
acostumbrarme á esta vida  
de frialdad y silencio!  
¡Amárgame el pan que como,  
es hiel el agua que bebo!...  
¡Ay, Dios! ¡hasta me parece  
más hondo el remordimiento!

PETRA. ¡Vamos, esto no se puede  
sufrir!...

ANA. (Acongojada.) ¡Solamente temo  
por mi hijo!... ¡Si se apiadára  
de ese desdichado huérfano  
mi padre!... Debo estar loca  
cuando tales cosas pienso!  
¡Pero si no tiene amparo  
en el mundo!...

PETRA. (Conmovida.) Yo me ofrezco...

ANA. ¡Eres buena!... ¡El inocente  
crecerá lejos, muy lejos  
del cariño maternal!...  
¡Este negro pensamiento  
me quita el valor!...

PETRA. (Procurando consolarla.) Ya es fuerza  
que usted.

ANA. (Con desesperacion.) ¡No ves lo que Pierdo?  
¡Ay, Petra! ¡Soy tan culpable!...  
¡Que nunca sepa el secreto  
de su nacimiento!... ¡nunca!  
¡No me aborrezca al saberlo!

110

Mira: cuando los pesares  
me acaben, que será presto,  
¿mo una memoria mia  
cuélgale esta cruz al cuello

(Sacándola del joyero y besándola con delirio.)

Jamás la aparte de sí...

¿Estás, Petra?

PETRA. (Llorando.) Lo prometo.

ANA. ¿Y cómo podré pagarte...

PETRA. Con... ¡un abrazo!

ANA. ¡Con ciento!

(Estrechándola contra su corazón.)

### ESCENA III.

710

DICHAS, FELIPE, que aparece en la puerta del foro in-  
quieto y desencajado.

FELIPE. Señora...

ANA. (Asustada.) ¡Ay, Dios!

FELIPE. No me extraña  
ese temor: lo comprendo.

Y yo...

ANA. No sé cómo tiene  
usted el atrevimiento  
de llegar aquí.

FELIPE. Es verdad.

Mas cuando á tanto me atrevo,  
juzgue usted si habrá motivo.

ANA. Á explicármelo no acierto.

PETRA. (La tentacion pudo más  
y acudió por fin... me alegre.

FELIPE. Señora, cálmese usted,  
y observe que cuando vengo  
como un ladron, á escondidas,  
adonde tuve el derecho  
de venir de otra manera,  
habrá razones de peso  
que me obliguen...

ANA. ¡No hay ninguna!

FELIPE. Sí las hay, y estoy resuelto,  
hasta que usted no me escuche,

á no abandonar el puesto.

ANA. ¡Esto más!

FELIPE. Si usted sospecha,  
que faltando á lo que debo,  
vengo á insultar su dolor,  
se equivoca usted, no es eso.

ANA. ¿Es curiosidad! (Con amargura.)

FELIPE. Tampoco.

Es, señora, que he dispuesto  
un viaje... quizás largo...  
quizás más que largo, eterno.

ANA. ¡Oh!

FELIPE. Son cosas de la vida.

Y ántes de partir, anhelo  
no dejar cuentas pendientes  
con mi conciencia.

ANA. (¡Qué es esto!)

FELIPE. Seré breve...

ANA. (Á Petra.) (Ten cuidado,  
por Dios!)

PETRA. (Marchándose.) (¡Estaré en acecho!)

## ESCENA IV.

ANA, FELIPE.

FELIPE. Señora, no vengo aquí  
ni el momento es oportuno,  
á evocar recuerdo alguno  
que la hiera á usted ó á mí.  
Conozco que mi presencia  
con razon la ha sorprendido.  
Mas ¿qué importa, si he cumplido  
con un deber de conciencia?  
Usted me perdonará  
si alguna expresion profiero...  
si acaso...

ANA. (Con altanería.) Usted, caballero,  
no puede ofenderme ya.  
Merezco muy poco... ¡Nada!  
Lo sé! ¿Qué puede valer  
en el mundo una mujer  
seducida, abandonada?



Abuse usted cuanto quiera  
de mi dolor: me resigno...  
porque no le creo digno  
de mi desprecio siquiera!

FELIPE. ¡Ana!...

ANA. (¡Valor, corazón!)

FELIPE. Mas sin causa me incomodo.

(Conteniéndose.)

Concibo despues de todo  
esa viva indignacion.

Siento que usted me desprecie:

¿para qué lo he de ocultar?

Pero yo no debo entrar  
en cuestiones de esta especie.

Dios nos juzgará á los dos,

Dios, que nunca se equivoca.

ANA. ¡Qué audacia! ¡Y usted invoca  
el santo nombre de Dios?

¡Oh, grandes son sus bondades  
cuando consiente que el hombre,

cubra con su augusto nombre,  
tan torpes iniquidades!

Él la verdad, él la luz!

¿Hay más fiera hipocresía?

¡Esto es peor todavía

que clavarle en una cruz!

FELIPE. Señora... (¡Estoy conmovido!)

Si quiere usted que me aleje,

es menester que me deje

decir á lo que he venido.

Yo no puedo prolongar

una escena que me exalta.

No, no puedo! ¡Aquí me falta

aire para respirar!

De mí mismo desconfío...

ANA. (Con severa tranquilidad.)

Bien: hable usted.

FELIPE. (Turbado.) Hay un sér

que no debe responder

del crimen nuestro... ¡Del mio!

(Observando un movimiento de indignacion en Ana)

—No renovaré la herida.



Yo voy á partir... ¡quizás  
para no volver jamás!...  
para no verle en la vida!  
No lo tome usted á agravio...  
Es mi hijo: velar me toca  
por él... Mi fortuna es poca...  
pero... (Cortado.)

ANA. (Con orgullo.) ¡Selle usted el labio!  
Usted se olvida dé fijo  
lo que á sí mismo se debe.

FELIPE. Me extraña mucho... (Confuso.)

ANA. ¡Y se atreve  
á ofrecer limosna á su hijo!  
No puede ser caballero  
quien tal diga, quien tal haga.  
¿Usted piensa que le paga  
honra y nombre con dinero?

FELIPE. Yo no.

ANA. ¡Compasion cruel!  
¡Es infeliz, no es mendigo!  
¡Su madre le dará abrigo  
y sabrá llorar con él!  
Su madre, que con profundo  
cariño le guardará:  
que por él arrostrará  
¡hasta las burlas del mundo!

FELIPE. No condene usted mi intento.

¿Quién sabe? tal vez mañana. (Avergonzado.)

ANA. (Con profunda agitacion.)

¡Y cabe en cabeza humana  
tan infame pensamiento!  
¡Oh! ¡mi orgullo se despierta!  
—¡Si yo no sé cómo exprese  
mi desprecio!—Aunque tuviese  
que pedir de puerta en puerta;  
aunque en solitario afan  
su amargo pan mendigára;  
siendo honrado, rechazára  
de manos de usted el pan!  
¡Él con desden soberano  
la limosna arrojaría!  
¡Oh, si, sí! Le quemaría

- el corazon y la mano!
- FELIPE. Quizás si llega á saber  
las razones que hoy oculto...
- ANA. No añada usted el insulto  
á su inicuo proceder.  
¿Para hacerme tal ultraje  
y poder dar este paso,  
ha fingido usted acaso  
la fábula del viaje?
- FELIPE. Respete usted mi quebranto.  
Si usted me presta atencion,  
probaré...
- ANA. Ya es un baldon  
(Marchándose desdeñosamente.)  
haberle escuchado tanto!

## ESCENA V.

FELIPE solo.

¿Qué es esto! Estoy á la vez  
asombrado y conmovido!...  
Un corazon pervertido  
no tiene tanta altivez!  
Su lenguaje austero y rudo  
me ha trastornado de suerte...  
—¡Mañana me bato á muerte  
(Como volviendo en sí.)  
por esa mujer, y dudo?  
Su perfidia es manifiesta,  
mi desengaño es amargo,  
estoy cierto... ¡Y sin embargo,  
cuánto el dejarla me cuesta!  
Tengo miedo de mí mismo;  
no sé qué pensar ni hacer.  
Quiero huir de esa mujer,  
y me atrae como el abismo.  
En otro tiempo, recuerdo  
que la amaba ménos, si.  
¿Se habrá despertado en mí  
este amor porque le pierdo?  
¡Tal vez mi hijo!... ¿Qué sé yo?  
¡Vamos, soy un insensato!

Y ese Juan... ¡Si no le mato (Fuera de sí.)  
no hay justicia... no la hay, no!

## ESCENA VI.

FELIPE, PETRA, azorada.

PETRA. ¡Ay, Jesús!

FELIPE. ¡Qué es eso?

PETRA. ¡Estamos  
perdidos!

FELIPE. ¿Por qué te alteras?

¿Qué pasa?...

PETRA. ¡El amo y don Juan  
están hablando en la puerta  
con Ramon!...

FELIPE. ¡Don Juan!...

(Con reconcentrado furor.) ¡Ese hombre  
me persigue!...

PETRA. Si le encuentran  
á usted...

FELIPE. (Sin oírla.) ¿Qué querrá!..

PETRA. Ya vienen,

¿y está usted con esa flema?

¿Se ha propuesto usted perdersos!...

¡Maldito el instante sea

en que usted vino á esta casa

para ser la ruina de ella!

Venga usted aquí...

(Atrayéndole hasta la segunda puerta izquierda.)

FELIPE. (Preocupado y sin dar un paso.) ¡Y dudaba  
todavía!...

PETRA. (Empujándole.) ¡Ya se acercan!...

¡Oigo sus pasos!...

FELIPE. (Desasiéndose con ira.) ¡No quiero!

PETRA. ¡Oh, por favor! ¡No nos pierda

usted!... ¡Pronto! (Asustada.)

FELIPE. (Recapacitando.) Dices bien.

¡Soy un necio! Vamos, Petra.

(Querrá hablarla... podrá oír...)

¡Dios de su mano me tenga!

## ESCENA VII.

PETRA, aun no repuesta, D. ANDRÉS y JUAN.

PETRA. ¡Ay! (Al verlos entrar.)

ANDRES. ¿Qué haces aquí? (Con desconfianza.)

PETRA. ¿Yo?... nada.

(¡Jesús, estoy medio muerta!

¿Le descubrirán?) Si usted alguna cosa me ordena...

ANDRES. No; puedes marcharte.

PETRA. (Temo

(Mirando hácia la puerta por donde se ocultó Feli pe.)  
que cometa una imprudencia.)

ANDRES. ¿No me oyes? (Viendo que no se mueve.)

PETRA. (Asustada.) Voy en seguida...  
sí señor... (Dios me dé fuerzas!)

## ESCENA VIII.

D. ANDRÉS, JUAN.

ANDRES. ¡Ay, Juan! ¡soy muy desdichado!  
Necesitaba de veras

volvete á ver. ¡Si supieras  
con cuánto afan te he buscado!

Aquí, lejos de la gente,  
donde ningun indiscreto

sorprenda nuestro secreto,  
podré hablarte libremente.

JUAN. ¿Y qué quiere usted de mí?

ANDRES. Lo que es menester que alcance.

Necesito que ese lance  
no se lleve á cabo.

JUAN. (Con resolucion.) ¡Oh, sí!

ANDRES. Es que ese hombre no merece  
tanto honor... (Animándose por grados.)

JUAN. Usted olvida  
mi decoro.

ANDRES. ¡Es que su vida

á mí sólo pertenece!

JUAN. Sé muy bien cual es mi puesto,  
y cumpliré mi deber.

ANDRES. ¡Es que no te quiero ver (Desesperado.)  
á tanto peligro expuesto!

JUAN. ¿Y qué importa? ¿Qué soy yo?

(Con amargura.)

¡En una tumba se encierra  
cuando bien tuve en la tierra!...

¡cuánto en el mundo se amó!

¿Para qué vivir? no hay hombre  
más solo, más desvalido.

Todo á un tiempo lo he perdido,  
madre, porvenir y nombre!

ANDRES. (¡Oh! ¡me asesina!)

JUAN. ¿Es mejor

que en este rudo combate  
contraria bala me mate,  
si ha de matarme el dolor!

ANDRES. Bien está. Nada te exijo:

(Con penoso desaliento.)

conozco el daño que he hecho.

Sé que he perdido el derecho  
de poder llamarte hijo.

Es cierto: mal procedí.

¡Hoy mi expiacion comienza!

¡Ya lo ves!... Tengo vergüenza...

¡tengo vergüenza de tí!

JUAN. ¡No tal!... (Con disgusto.)

ANDRES. Mira, cuando intento

mi deshonra lamentar,  
se mezcla á la del pesar  
la voz del remordimiento.

Y es que Dios para conmigo

es recto y severo juez,  
confundiéndome á la vez  
con mi culpa y mi castigo.

Mas si te inspira piedad  
la pena que me enloquece;

si algun respeto merece  
mi postrada ancianidad,

no me hagas más desgraciado,

no abrumes más mi conciencia,  
exponiendo tu existencia  
por mí... que te he abandonado!  
¡No me humilles más!...

JUAN. (Conmovido.) Ya es tarde.

Seríamos, si cediera,  
ante ese hombre que me espera,  
Ana infiel, y yo cobarde.

Pídame usted cuanto pueda  
darle en tan triste ocasion.

¡Pero mi reputacion!...

¡el solo bien que me queda!...

¡No, jamás!

ANDRES. ¡Cómo ha de ser!

(Con angustiosa resignacion.)

Este cáliz que me ofreces

apuraré hasta las heces,

Dios mio, si es menester!

Nada soy y nada puedo

contra ese Sér infinito

que en mi misma frente ha escrito  
su maldicion con el dedo.

Lucha, pues es necesario;

nada importa que yo pene,

que también la culpa tiene,

cual la virtud, su calvario.

Van por sendas desiguales

ambas la cumbre subiendo...

¡Cristo lo enseñó, muriendo

entre torpes criminales!

(Cae abrumado en un sillón.)

JUAN. (Conmovido.)

No hablemos sobre esto, ya

que á los dos nos mortifica.

ANDRES. ¡Ay! (Sollozando.)

JUAN. (Con ternura.) Si el honor purifica,

padre mio, usted lo está!

El martirio ata unos lazos

que rompió injusto recelo.

Ella... nos ve desde el cielo,

(Con cariñosa emocion.)

y yo... ¡tiendo á usted mis brazos!



ANDRES. (Abrazándole con efusion.)  
¡Hijo del alma!... ¡Qué suerte  
es la tuya á mí debida!  
Á traicion te di la vida  
y quizás te dé la muerte!  
¡En qué tremenda ocasion  
recobro tu amor!... ¡No es cierto?  
¡Estas lágrimas que vierto  
me abrasan el corazon!

JUAN. ¡Ya basta!—Quiero saber (Acongojado)  
qué hace esa infeliz.

ANDRES. (Airado.) ¿Quién Ana?  
¡No la nombres!...

JUAN. Es mi hermana,  
y sufre!... la debo ver!

ANDRES. ¡No exijas eso!

JUAN. Quizás  
será por la vez postrera!...

ANDRES. (Aterrorizado.)  
¡Oh, calla! ¡Dios no lo quiera!...

JUAN. ¿Consiente usted?...

ANDRES. (Haciendo un esfuerzo y tirando del llamador con  
vio'encia.)

¡La verás!

JUAN. (Con ningun auxilio cuenta  
y tal vez me necesita.)

## ESCENA IX.

DICHOS, PETRA, mirando con recelo.

PETRA. ¿Mande usted?

ANDRES. La señorita...

PETRA. (¡Virgen del Cármen! ¿qué intenta?...

¡Y el otro oyendo!...)

(Alarmada. Se aleja manifestando la mayor in  
quietud.)

## ESCENA X.

D. ANDRÉS, JUAN.

ANDRES. (Inquieto.)

*Di Juan*



- JUAN. ¿tiras bien? ¿tiras primero?  
Yo no me he enterado; pero (Con embarazo.)  
los padrinos me dirán...
- ANDRES. No tengas lástima, no!  
¡Él es un cuerpo sin alma!  
¡Vales mucho más!... ¡Ten calma!  
¡Mira que te aguardo yo!
- JUAN. (¡Desdichado!) (Lleno de emoción.)

## ESCENA XI.

DICHOS, ANA, temerosa y afligida.

- ANA. ¿Usted me llama?  
No esperaba este favor.  
¡Temí que usted no quisiera  
volverme á ver!
- ANDRES. (Indeciso.) Tanto instó  
don Juan!...
- ANA. ¡Gracias! Esto más  
deberé á su intercesion.  
Disimule usted, amigo,  
los disgustos que le doy.  
¡Mi zozobra ha sido tanta!...  
Porque ya todo acabó (Con ansiedad.)  
pacíficamente, es cierto?
- JUAN. Sí, todo.
- ANA. ¡Gracias á Dios!
- ANDRES. Pero... (Resuelto á descubrir la verdad.)
- JUAN. (Deteniéndole.) ¡No acreciente usted  
su honda desesperacion!
- ANA. ¡Bien haya usted que disipa  
mis negros recelos.
- JUAN. Hoy...  
Ya no conviene hablar de esto.  
¡Ana, tenga usted valor. (Ap. á ella.)
- ANA. ¡Valor! ¿No ve usted su rostro  
airado, su indignacion  
muda, pero intensa? ¿Puedo  
acaso tenerlo yo?  
Repáre usted... ¡Ni me mira  
siquiera!

JUAN. (Aproximándose á D. Andrés, que durante este diálogo permanecerá abismado y sombrío.)

Tanto rigor  
no es generoso. Usted sabe  
que es digna de compasion!  
Cuando el hombre dice al cielo  
contrito. *Perdónanos*  
*nuestras deudas*, Dios le manda  
que perdone á su deudor,  
¿no es cierto?

ANDRES. (Vacilante.) Tanto me ha herido...

JUAN. ¡Pero es hija!

ANDRES. Ella olvidó  
sus deberes...

JUAN. ¡Pues por eso  
solicita su perdon!  
¡Vamos!...

ANDRES. (Corriendo hácia Ana y abrazándola.)  
¡Hija de mi vida!

ANA. (Llorando en los brazos de D. Andrés.)  
¡Padre!...—¡Qué culpable soy!

ANDRES. (Con qué amargo desconsuelo  
te estrecho en mis brazos!...)

ANA. ¡Oh!

ANDRES. ¡Ayer tantas ilusiones  
hoy agostadas en flor!

JUAN. (Profundamente afectado.)  
(¡Ya puedo morir, Dios mio!)

ANA. Ya anhelo correr en pos  
de la dulce paz que ofrece  
nuestra santa religion.  
Quiero ocultar en un cláustro  
mi, pecado y mi rubor,  
pues la vergüenza me sigue  
por donde quiera que voy.

ANDRES. ¡Separarte de mi lado!  
No te lo consiento, no.

ANA. Es preciso.

ANDRES. Ese es un sueño.  
No nos faltará un rincon  
donde llorar nuestra pena,  
lejos del mundo traidor.

¿Quién sostendrá, si me dejas,  
mi triste vejez?

ANA.

¿Quién? Dios.

Yo en mi solitaria celda  
elevaré mi oracion  
por usted, y... ¡por mi hijo,  
que en tan mal hora nació!

(Implorando con el ademán la conmiseración de Don  
Andrés.)

¿Quién protegerá sus pasos,  
quién... quién?

ANDRES. (Agitado.) ¡Eso es superior  
á mis fuerzas!...

ANA. (Insistiendo.) Él no tiene  
la culpa!...

ANDRES. Fuera un baldón!

¡Yo aceptar mi propia afrenta  
ante el mundo que me honró!  
Afrenta que me recuerde  
mi hija perdida, mi honor  
desgarrado!... ¡Es imposible!

ANA. (Desalentada y cayendo desfallecida en un sillón.)

¡Ay! mi esperanza murió!

JUAN. Pues yo se lo ruego á usted (Adelantándose.)  
por quien es... y por quien soy.

ANDRES. ¡Tú!... (Confuso y agitado.)

JUAN. Supongamos—y es esto

sólo una suposición,—  
que usted comete una falta  
lamentable .. ¡Usted ó yo!  
Que escuchando solamente  
de las pasiones la voz,  
á una cándida doncella  
fingimos eterno amor.  
Que no resiste á las artes  
de tan tenaz seducción  
y manchamos su inocencia  
y su virginal candor.

Y llega á ser madre, y cuando  
es más grande su aflicción...

ANDRES. ¿Qué vas á decir? (Amedrontado.)

JUAN.

Rompemos

el lazo que nos unió.  
Y abandonamos al hijo  
y á la madre!...

ANDRES. (Desesperado.) ¡Esto es atroz!

JUAN. Ejemplo no más; no debe  
darse otra interpretacion.—  
Supongamos que en su triste  
aislamiento aterrador,  
el hogar de la familia  
se cierra para los dos.  
Que hijo y madre sin fortuna,  
sin más que la proteccion  
de ese Ser que nunca olvida  
ni al justo ni al pecador,  
mendigan de calle en calle  
su pan, con frío y con sol,  
y crece el niño entre el fango,  
la miseria y la abyeccion!

ANDRES. ¡Juan!... (Con amargura.)

JUAN. ¿Puede haber mayor pena  
para la familia?... ¡No!  
Y su vergüenza merece  
si sigue en su obstinacion.

ANA. ¡Oh! Lloro... (Mirando á D. Andrés.)

JUAN. En tanto nosotros...

Mejor dicho, el seductor  
se casa; es rico y obtiene  
la pública estimacion.  
Alcanza cuanto desea;  
¡aun la dicha! si es que Dios  
concede al alma culpable  
la santa paz interior.

ANDRES. ¡Nunca! (Desalentado.)

ANA. (Con desesperacion) ¡Nunca!

JUAN. ¡Ya lo sé!

Seguro, seguro estoy  
de que lleva su delito  
enroscado al corazon.  
Que tiene familia, y esta  
consoladora afeccion,  
se convertirá para él  
en sangriento torcedor.



*La Poro*

## ESCENA PRIMERA.

DICHOS y FELIPE.

Al ir Ana á arrojarse á los piés de D. Andrés, aparece Felipe como dominado por un violento afecto. D. Andrés airado, Ana consternada, Juan mudo de asombro.

FELIPE. (Con voz trémula.) ¡Le reclamo yo!

ANDRES. ¡Este hombre aquí!... ¿Y no se sácia su crueldad?...

JUAN. (Confuso.) (¡Y habrá oído!...)

FELIPE. Vengo humilde, arrepentido á solicitar su gracia.

ANDRES. (Señalando con desprecio á Ana.) ¡Aquí, en casa!...

FELIPE. ¡Enojo vano!

No la riña usted así.

No sé...—¡mucho te ofendí!—

si soy digno de tu mano.

Mas mis ruegos te dirijo, que es honda la angustia mia.

¡No quiero que llegue un dia en que me avergüence mi hijo!

Vencido estoy, el acento de la verdad ha triunfado.

¡Y gracias á tí me ha dado (Á Juan ) pavor el remordimiento!

ANA. ¡Felipe!... (Con alegría.)

FELIPE. Ya mi perdon leo en tus ojos!...

ANA. ¡Bien dices!

(Tendiéndole llena de gozo la mano.)

ANDRES. ¡Ay! Dios os haga felices,

(Atrayéndolos hácia sí.)

hijos de mi corazon!

Y usted tambien... (Á Juan.) (No me atrevo.

¡Y le quisiera abrazar!)

ANA. (Dirigiéndose á Juan, que está en actitud meditabunda y triste.)

¡Por qué no participar



- de la dicha que le debo?
- JUAN. Nada soy...
- FELIPE. (Cariñosamente.) ¡Venga esa mano!  
Y pronto... ¡no estés remiso!  
(Le empuja hácia D. Andrés, en cuyos brazos cae llorando.)
- ANDRES. ¡Dios os bendiga!—Es preciso  
que le ameis... ¡como á un hermano!
- JUAN. Siempre encontrará en los dos  
el afecto merecido.  
(Ana y Felipe se acercan á Juan con interés.)
- ANDRES. Á tiempo has reconocido (Á Felipe.)  
tus yerros... ¡Gracias á Dios!  
Así vivirás en calma,  
sin verte al dolor expuesto.  
(Con reconcentrada amargura.)  
¡Muchos que olvidaron esto,  
llevan la hiel en el alma!

FIN DEL DRAMA.

---

*Habiendo examinado este drama, no hallo  
inconveniente en que su representacion sea au-  
torizada.*

*Madrid 7 de Diciembre de 1862.*

El censor de teatros,  
ANTONIO FERRER DEL RIO.



## OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

---

- DEUDAS DE LA HONRA (3.<sup>a</sup> edicion.) . Drama en tres actos y en verso.  
NI TANTO NI TAN POCO. . . . . Comedia en tres actos y en verso.  
QUIEN DEBE PAGA (2.<sup>a</sup> edicion.) . . . Comedia en tres actos y en verso.  
JUSTICIA PROVIDENCIAL. . . . . Drama en tres actos y en verso.  
QUIÉN ES EL AUTOR?. . . . . , . Comedia en un acto y en verso.  
¡COMO SE EMPEÑE UN MARIDO! . . . Comedia en un acto y en verso.  
LA CUENTA DEL ZAPATERO. . . . . Comedia en un acto y en verso.  
HERIR EN LA SOMERA <sup>1</sup> (2.<sup>a</sup> edicion.) Drama en tres actos y en verso.  
LA JOTA ARAGONESA <sup>1</sup> (2.<sup>a</sup> edicion.) . Drama en tres actos y en verso.  
EL LAUREL DE LA ZÚBIA <sup>1</sup> . . . . . Drama en un acto y en verso.  
ÉL HAZ DE LEÑA (3.<sup>a</sup> edicion ) . . . Drama en cinco actos y en verso.  
ENTRE EL ALCALDE Y EL REY. . . . . Zarzuela en tres actos y en verso.

## OBRAS LÍRICAS.

- FRUTOS DEL COMBATE. . . . . POESÍAS.
- 

<sup>1</sup> En colaboracion con D. Antonio Hurtado.





